

BIBLIOTECA DE AUTORES VERACRUZANOS

3

A. R. 833



OBRAS COMPLETAS DE RAFAEL DELGADO

Volumen III

Edición conmemorativa del Primer
Centenario del Natalicio del Maes-
tro RAFAEL DELGADO



PROLOGO

Con el nombre de estudios literarios reunimos una serie de ensayos del distinguido escritor veracruzano, que no tienen cabida en ninguno de los agrupamientos especiales que puede hacerse de sus obras.

Son trabajos realizados por el entusiasta polígrafo en épocas diferentes; unos quizá para dar lugar a un ensayo mayor que quedó solamente en intenciones; otros como consecuencia de observaciones hechas al margen del libro de un amigo dilecto; aquellos otros no fueron sino un pretexto para sentar alguna tesis particular o una manera personal de ver determinados aspectos de la literatura; los de más allá han sido impresiones ligeras de un acontecimiento artístico importante, llevado a cabo en la provincia; otro más es duro reproche a una situación conmemorativa, en la que el patriotismo de sus coterráneos se mostró esquivo para dar mayor lucimiento a las fiestas; aquéllos fueron ideas expuestas para dejarlas vivir en la página de un álbum, de una corona fúnebre o la impresión que sus creencias dejaron en su espíritu católico; y acaso de más enjundia: dejar a la posteridad la visión obtenida a través de su prisma de algunos hombres de particular estimación o de méritos suficientes para merecerla: tales sus biografías. Y, por último, la traducción de dos trabajos de distinguidos literatos que los sintió afines con sus sentimientos.

*

* *

El primer estudio que encontraréis refiérese a vieja lectura hecha cuando se entregaba al placer de disfrutar la belleza de los clásicos.

Son comentarios nacidos veinticinco años después de haber leído “La Verdad Sospechosa” de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Nace el estudio que sobre el personaje *Don García*, escribió don Rafael Delgado, con motivo de una representación de la hermosa producción del corcovado.

La tal escenificación no fué sino incentivo para decir un pensamiento que alborotaba en la mente del veracruzano desde muchos años antes, cuando era devoto de la lectura de las obras maestras de la literatura española.

Engreído con ellas y con la de las grandes obras de la literatura francesa, se encuentra capacitado para juzgar y para hacer paralelos. Y así, al mencionar a nuestro Alarcón, forzosamente ha de acordarse de Corneille y de lo que el mismo Voltaire había de decir a los franceses: que a España habían de deber su primera comedia de carácter y su primer tragedia.

La representación de “La Verdad Sospechosa” le autoriza para decir que es hasta ese momento cuando se tributan a Alarcón, príncipe de nuestros ingenios, “palmas y laureles que ha tiempo debimos prodigarle; laureles y palmas en mil ocasiones ofrecidos y a veces mal gastados, en triunfal homenaje a muchas medianías extranjeras”.

Con criterio de gran conocedor del teatro español, da a Alarcón una responsabilidad enorme, pues le hace eslabón entre el pasado y el presente; le hace signo de enlace entre el Anahuac y la España, como lo es la misma lengua que nos legaron con la conquista, “solemne como la voz de nuestras cascadas, habla de reyes y de genios, opulenta de voces, giros y donaires, como tan ricos de oro nuestros montes, en la historia del Arte, en los anales del pensamiento humano...”

Y de la obra de Alarcón, desprende a “*Don García*”, como ejemplo de carácter perfectamente delineado por Alarcón, figura bella y hermosa de un “mozo garrido”, que tiene virtudes dignas de mención, como “liberal y piadoso”, “magnánimo y sagaz”, para que contrasten con un vacío que le afea, el “no decir siempre la verdad, figura singular hecha carne y sangre humanas, y animada por un soplo divino, en la cual supremas dotes de la inteligencia e hidalgas prendas del corazón, son vencidas a cada paso por una variedad siempre activa y una

imaginación fecunda, poderosísimos y muy principales elementos de un carácter estudiado, profundamente comprendido, de perfectísima traza y diseñado por una pluma magistral”.

Con atildada expresión, de una delicadeza extrema, de una sonoridad distinguida, de una pureza y variedad de giros, que hace de su dicción muestrario del buen decir, castizo y elegante, sigue don Rafael dando muy atinada explicación de su manera de entender el personaje principal de “La Verdad Sospechosa”.

Estudio psicológico de atinado entendimiento de los múltiples rasgos que constituyen el carácter de *Don García*, es el ensayo que se comenta. Y qué grande aparece en las líneas del cordobés la atingencia de Alarcón al presentar el tipo mencionado, sin que desentone, en ningún momento, con sus virtudes, que son muchas, ese su vicio de mentiroso, conservando en su protagonista la atracción de simpatía que no se rompe ni con sus falsedades. ¡Qué grande ha sido el embustero en su descripción de la fiesta dada a la orilla del río, “cuadro deslumbrante en que el facundo mozo que apenas llegado a la Corte sueña ya con brillantes fiestas y galantes aventuras, hace derrochador alarde de poética fantasía”!

¡Y qué bien escoge las citas el novelista!

Y cómo explica por boca del mismo *Don García* su afán de mentir:

*“Fingilo porque me pesa
que piense alguno que hay cosa
que mover mi pecho pueda
a envidia o admiración,
pasiones que al hombre afrentan;
que admirarse es ignorancia,
como envidiar es bajeza.*

*Tú no sabes a qué sabe
cuando llega un portanuevas,
muy orgulloso, a contar
una hazaña o una fiesta
taparle la boca yo*

*con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo,
y que reviente con ellas”.*

.....

*“Quien vive sin ser sentido,
quien sólo el número aumenta,
y hace lo que todos hacen,
¿en qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa,
el medio cual fuere sea.
Nómbrenme a mí en todas partes
y murmúrenme siquiera,
pues uno por ganar nombre
abrazó el templo de Efesia”.*

.....

*“Y al fin, es este mi gusto
que es la razón de más fuerza”.*

Grande fué Alarcón en la elegante y sencilla manera de pintar a su protagonista; pero también fué atinado y exacto Delgado al hacer comentarios sobre *Don García*. Si hubo observación psicológica y penetración filosófica en el de Taxco, no fué menos afortunado en lo mismo el de Córdoba.

*

* *

En su ensayo sobre Shakespeare, pinta su situación como espectador, concurriendo a la representación del Hamlet; absorto en la contemplación de las escenas, que una tras otra se suceden, siempre con una profunda abstracción religiosa, con un respeto grande para el excelso dramaturgo inglés; con una serenidad llena de pureza, necesaria para

satisfacer el anhelo de disfrutar la belleza que encierran las situaciones planteadas por el dramaturgo y para meditar sobre esa misma belleza artística.

Y señala un hecho interesante, al confesar que la tragedia de Shakespeare no le ha impuesto terror, como otras que ha leído; que no hubo ese llamado “terror trágico” que hubiera podido haberle anonadado, que nunca Hamlet ha logrado llevar ese terror a su alma, “sino porque, como el buzo de la germánica leyenda, como el buzo de Schiller —pasmoso simbolista—, venía yo de los abismos de insondable mar, del profundo seno de la humana conciencia. Asombro, no terror, me robaba el habla y entorpecía mi mente”.

Así en su meditación escrita, que eso es su estudio, dice contundentemente: “A mí Hamlet no me hace sentir, me hace pensar; me hace dudar”.

Y trata de explicarse el porqué.

Y compáralo con Werther, con Fausto, con Manfredo, con Renato, sujetos tristes, desilusionados, amargados en sus sentimientos. Y busca raigambre en la época del florecimiento del poeta, en esos tiempos dolorosos de la corte de Isabel, en que tanto se lastimó la fe de los individuos; todo ello pasado a través del prisma de la observación de un noble corazón que había sufrido mucho en su niñez, de un individuo difamado y herido.

Así busca la explicación de la creación del tipo encarnado en Hamlet, del carácter con que lo diseña Shakespeare: desconfianza y tedio, desilusión e iracunda tristeza, irónico y sutil, descarado y dialéctico, tímido y vacilante; retrato fiel del autor de la tragedia, que se mueve en un medio que choca a sus creencias y que no encontrará otro desquite que la creación de su personaje, a través del cual va a poder hablar de su “fe débil y su confusa conciencia religiosa”, en una corte llena de vicios.

Justifica a su manera, Rafael Delgado, las tendencias pesimistas, la timidez vengativa de Hamlet, en quien las pasiones parecen tener una influencia mucho menor que la que logran tener las palabras. Por ello considera que la obra de Shakespeare nunca podrá despertar el “subli-

me terror trágico”, propio de la tragedia, “porque los elementos principales de ella no son pasiones, sino ideas”.

Y termina presentando en paralelo las figuras de Orestes y de Hamlet: aquél corazón y el otro pensamiento; uno con fe potente y bien sentada, el otro con débil concepción y mucha timidez; uno impondrá el terror, el otro nos dejará insensibles a ello, para ponernos a pensar, pero “acaso para dudar, acaso para dejar de creer”.

*
* *

Bella carta la que dirige a Rodríguez Beltrán, con motivo de “Perfiles del Terruño”; carta en la que aprovecha todo momento para dedicarse a dar pinceladas cortas y seguras de un bosquejo de la naturaleza provinciana: “Orizaba. . . ¡hembra al fin, y como tal caprichosa e ingrata! *pluviosa* en demasía con su amartelado novelador”. Y después su deseo de siempre: deambular por el campo en grata compañía, para dar rienda suelta a la lengua, allá “en el terruño, frente a los infinitos horizontes, ante aquellas *yaguas de trémulos penachos* a la llegada de anchetero que redondea su viaje, a la puesta de sol, cuando el aurino cielo parece surcado de ráfagas cerúleas, y el regio Papaloapan semeja mar de música”.

Y comenta con gracia cuanto en el bello libro de Onateyac va apareciendo: “El patio”, “La máquina de coser”, para detenerse con deleite a escudriñar el alma de “Tismiche”.

Y sienta cátedra con la delicadeza con que sabía hacerlo y delinea usos y abusos en la descripción; abundancia de detalles y parquedad en lineamientos de un bosquejo principal y sobrio; embriaguez de aromas que hace perder la noción de un motivo principal.

Y se enamora del estilo del escritor, de la soltura y elegancia y corrección que adquiere en el libro comentado, con toda la frescura y toda la riqueza opulenta de colores y de matices que privan en el tlacotalpeño; dando una propiedad exacta a lo relatado, que permite ver al que lee, la encantadora majestad del río de las mariposas y del cielo azul, muy azul, tachonado por manchas blancas y manchas rosas de una

parvada de garzas que simulan una “nube próxima a deshacerse en lluvia de gardenias y de ababoles”. Y de paso, el Maestro señala defectillos fáciles de corregir, tendiendo a “hacer más límpida la frase, más variado el giro y más concisa la expresión”, sin que se caiga en rebuscamientos que vayan a lograr lo contrario de lo que se desea; no; que la corrección se haga con una sencilla y fácil espontaneidad, aprovechando lo mucho que se aprende cuando se lee a los buenos escritores, de entre cuyas páginas ha de sacarse el oro en que tan rica es la lengua castellana.

Y brinda, como final, un recuerdo a la inspirada poetisa de Tlaco- talpan, a la delicada y femenina Josefa Murillo, a aquella “dulce poetisa que sabía decir tan lindas cosas... a la vista del Papaloapan, bajo el cielo tachonado de luceros, contemplando cómo brilla Canopo en las obs- curas regiones del Austro, al eco melancólico de la canción llanera y de la bandola quejumbrosa”.

*
* * *

La nota bibliográfica escrita para comentar un libro de Ricardo Do- mínguez: “La Antorcha de la Niñez”, es pretexto para rendir tributo a la niñez, y aplaudir la intención del jalapeño, ya que no se puede aspirar con ese intento “ni aplausos, ni gloria”, por la sencillez que ha de tener la obra: “La niñez es sencilla y sencilla debe ser la poesía que en sus manos ha de ponerse; serena, amable, exenta de pasiones de partido y depurada como el oro en el crisol, en el fuego del amor sincero de la verdad”.

Recomienda acercarse al intelecto de los niños; descender hasta ellos para hacer comprensible lo que se les muestra, la doctrina que se les enseña, que están muy más cerca del regazo maternal que de la vida misma; venciendo los obstáculos que el mismo tema imponga, por lograr exponer y dibujar nítidamente a quienes las pasiones políticas pueden delinear con caracteres distintos y equivocados.

Y abona la imparcial manera que el autor usa para abordar los temas, no obstante que ha sido periodista de lucha en el campo liberal. Sin embargo, no obstante que para Delgado la agitación política deja

en el que escribe, algo de su conducta de bregador, Ricardo Domínguez supo apartar de su ofrenda a la niñez, esa influencia nefasta y se entregó nítido y sincero y sencillo, sin intentar realizar una obra que tuviera visos intencionales de partido, sin querer imponer principios que él ha sostenido en otras obras suyas, respetando los pareceres e ideas de sus contrarios.

*

* *

El prólogo que Delgado escribió para la traducción hecha por don Gregorio Mendizábal de una novela corta de Jorge Peyrebrune, no es sino tribuna para exponer su personal manera de concebir escuelas literarias.

Comienza por hacer la crítica de la novela romántica, insinuando la necesidad de apartarse de ese modo de escribir la novela, que tiende a colocar al que lee en un mundo ideal, completamente fantástico, destruyendo la verdad de la vida.

Parece que el mismo autor se acerca para verse en un espejo y que tiende a romper con un pasado en el que él mismo se colocó en su juventud, para que al quitarse la cadena que le aprisionaba en esa escuela, diera bases nuevas a la novela mexicana, creando una modalidad distinta, apartándose del molde que los modelos estudiados por el cordobés pudieran imponerle; ese molde determinado en el que se ostentaría con claridad el modelo seguido.

Hace después mención de la novela realista. Y lanza anatemas contra unos y contra otros; señala que en ambas escuelas hay bueno y hay malo; que el sendero bueno puede ser seguido por los autores de las dos tendencias, cuando tal sendero es el cristiano.

Y agrega con esa atingencia del que ha dedicado su vida a escribir novelas, que ésta es buena no solamente por lo ingenioso del argumento sino por la belleza del estilo en que se ha escrito, y asimismo, por las tendencias y por la manera de hacerlo; que esta bondad de una obra puede encontrarse en las obras de imaginación, aunque ésta se encontrase de capa caída y la realista, por el contrario, estuviese en privanza.

Y tras de sentar la doctrina anterior, que es una página llena de ideas, un capítulo escapado de sus "Lecciones de Literatura", asegura que la obra traducida pertenece a la escuela realista, pero que no tiene, como los enemigos de ésta quieren siempre que haya, nada vituperable, porque la llamada inmoralidad del realismo es asunto de acierto en los autores, "que no todos los escritores de la aborrecida escuela gustan de presentar horrores e inmundicias físicas y morales".

Asegura que si el lector fuese de los contrarios a la escuela realista, leyendo las páginas a las que ha puesto prólogo, aprenderá que la intemperancia que se achaca a dicha escuela es una noción distinta de lo que es la "excelencia de sus teorías artísticas". Vuelve a insistir sobre un pensamiento que en diversas ocasiones ha expuesto, de que una obra artística tendrá que ser el resultado del medio que se vive y tiene mucho de quienes han de comprarla y leerla. Por fin, termina diciendo que el "realismo bien entendido, sobrio, amable y civilizado, es digno de aplauso".

*
* *

El prólogo puesto al frente de "Una docena de cuentos" de Onateyac es una página crítica digna de la pluma de Delgado y en sus líneas tiende a recomendar al escritor de Sotavento se dedique a pintar las cosas y los individuos de esa región de las márgenes del Papaloapan y de la Perla del mismo, la risueña y alegre ciudad de Tlacotalpan; ciudad ribereña que ha dado a la literatura veracruzana hijos ilustres que han sido orgullo de la patria; pléyade de escritores regionales, porque esa ciudad romántica y adormecida ha sido "musa de largo aliento y zaga de pintores y poetas".

*
* *

Las creencias religiosas del escritor veracruzano le han permitido escribir algunas de las páginas más luminosas salidas de su péñola.

Digno de encomio es su artículo "La Cruz", publicado el jueves santo de 1887.

¡Con qué acertada visión presenta el panorama del Imperio Romano, dominador de un mundo sometido a sus águilas gloriosas!

Y se veía llegar a aquella unidad política y social la Buena Nueva de la verdad, hecha carne en un humilde pesebre.

Y aprovechase para lograr buen arraigo, la corrupción imperante en el Estado Romano, incrédulo y enfermo de muerte, entregado a los deleites y a los vicios.

En tanto, el pueblo hambriento y avergonzado sólo pedía pan y circo o se desmayaba en las miserias de la ergástula. Su misma religión caía empujada por otros dioses venidos de Menfis y de Asiria y se atrevían a levantar nuevos altares para quemar en ellos incienso a otras divinidades eróticas y extrañas. Y acaso los intentos de regeneración de algunos atrevidos morían sin esperanza.

Sin embargo, el clamor llegó, se oía la prédica de una doctrina que era dulce, que era sumamente magnánima; una doctrina que venía empapada de paz y de caridad. Llegaban ideas nuevas que elevaban el prestigio de la pobreza, que se acercaban al humilde y al desgraciado, que desuncían del carro del dictador al esclavo y al paria, que vertía el consuelo de una eterna bienaventuranza. Pescadores humildes eran sus divulgadores: era la bondad que llegaba hasta la gleba para elevarla y sembrar una moral distinta y superior a las doctrinas imperantes; moral de abnegación y de sacrificio que no era escuchada en los palacios, porque la ahogaba el escándalo de las orgías y de la corrupción.

Y el Maestro a cuya vera se reunían los discípulos, caminaba y caminaba y hubo de despertar inquietud en los Césares y se le escuchó con sobresalto y con temor y hubo de llevarle al sacrificio en un anhelo por borrar sus prédicas, ya arraigadas en el corazón del pueblo. Y se le inmoló públicamente en un madero; madero que la turba que seguía al Mesías tomó como símbolo de esa luz de redención y de doctrina y de igualdad, y el befado, el estrujado, el escarnecido, siguió creyendo en ese madero significativo que iban colocando en todas las cimas del universo para señalar el imperio de esa doctrina de bondad: la cruz, que

de “instrumento de afrentosa muerte” se convirtió en “signo de salvación”, en “enseña de libertad para los pueblos”.

Bellas y poéticas páginas las de este ensayo de Delgado, en el que vertió su cultura, su cariño, su devoción y sus convicciones religiosas.

*
* *

En su carta sobre el modernismo literario hace nueva profesión de fe en contra de esa escuela que no admite. Fué este un pecado incomprensible en quien siempre estuvo abierto para recibir toda nueva modalidad artística; pero no pudo cambiar; así deja su pensamiento fijo y estampado en letras de molde en sus mismas “Lecciones de Literatura”: “Las escuelas modernista y decadentistas, suelen extraviarse arrastradas por la fogosidad innovadora o impulsadas por su aplaudida prepotencia, y confundir, en esto del color, unas impresiones con otras. . .”

“Por este camino del abuso han llegado algunos escritores contemporáneos a decir que el aroma de las rosas blancas es ebúrneo, el de las azucenas níveo y el de un ramillete de flores diversas multicolor”.

Y repite tiempo después su mismo ataque, fuera de todo cenáculo literario; lo dice con dolor, en la intimidad de una carta al amigo: “vivimos en un desquiciamiento literario, y no sabe un autor el camino que debe seguir, dados los extravíos y ligerezas de autores y de poetas. Ya me carga el modernismo. ¿Cuándo soplará sobre nuestras almas el benéfico aliento de lo ideal?”

*
* *

Dos pensamientos de Rafael Delgado se encuentran perdidos en páginas oscuras para la literatura mexicana: uno de ellos en la Corona Fúnebre dedicada a la memoria de un gobernante veracruzano, el General de División Luis Mier y Terán: otro en las páginas de una Revista Estudiantil, en facsímil.

El primero fué acaso un compromiso del escritor a una petición

amiga, porque en su pensamiento y en su acción no hubo jamás muestra de vasallaje a quien dejó ingrata memoria en la historia veracruzana. El pensamiento de Delgado ni compromete ni brinda adulación: podría estar o no estar; es impersonal, es anodino.

El segundo pensamiento es muestra clara de su eterna bondad, cuando paternalmente brindaba el consuelo de un consejo a sus alumnos; es congruente con su peculiar manera de ser, con la filosofía que derramó en su vida.

*
* *
*

Dos biografías fueron escritas por don Rafael; una dedicada a su Maestro de provincia, don Silvestre Moreno Cora, y la otra a la memoria de su tío, el Canónigo Doctoral de la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, doctor don José María Sainz Herosa.

Es la primeramente citada dechado de buen decir, sencilla y elegante, rica en giros opulentos y enmarcada en una propiedad de lenguaje difícil de encontrar en quienes emborronan cuartillas. Sirvió a Delgado para hacer mención de preclaros orizabeños educados en el Colegio Nacional de Pluviosilla; para citar otros distinguidos catedráticos que derramaron su ciencia en la cátedra que en dicho establecimiento dictaban.

La buena voluntad y acertada observación de vecinos del lugar permitieron no desviar inclinaciones del imberbe biografiado hacia actividades ajenas a aquellas para las cuales tenía vocación: de actividades desarrolladas detrás de un mostrador, que a ello estaba sentenciado por necesidades económicas, debería apartarse a quien daría honra y gloria desde la cátedra y desde la judicatura, en esa su noble profesión en la que había de haber "laboriosidad modesta e incansable, con honradez por nadie puesta en duda, y luego regentear habilísimamente, con general aplauso y éxito envidiable, y rico en prudencia y en saberes, aquel mismo Colegio en que había hecho tan brillante carrera". En ese Colegio en que dejó toda su actividad y dedicación para elevarle al rango envidiable en que le colocó, haciendo que su nombre distinguido hubiese

de asociarse eternamente al del fundador, Presbítero Lic. don José Miguel Sánchez Oropeza.

Claro talento y amplia cultura, debidamente encauzada hacia la enseñanza, fueron dotes principales para servir a las múltiples actividades hacia las que encaminó su voluntad, y el discípulo ha sabido presentar atinadamente el retrato intelectual de Moreno Cora, en sus modalidades de jurisconsulto, de literato y de maestro: sirviendo de consejero a penalistas como don Fernando Jesús Corona, el ilustre cordobés creador de los Códigos Penales del Estado de Veracruz.

Desde el año de 1857, a los veinte años de edad, ingresa al cuerpo de Profesores del Colegio Nacional de Orizaba, que dirigía otro distinguido hombre de letras, don Alberto López, quien hubo de concederle la cátedra de Filosofía al ganarla por oposición. Y fué al lado del distinguido Director colaborador eficaz y heredero de las intenciones y miras que guiaron siempre los pasos del señor López.

Florón de su carrera de educador fué, al decir de Delgado, el proyecto de Ley Orgánica de Instrucción Pública, que más tarde se expidió con fecha 10. de agosto de 1873, salido del Congreso de Profesores reunido en Jalapa durante el gobierno de Landero y Cos.

Y después de enumerar con atinado juicio y cariño inconmensurable las múltiples actividades del Lic. Moreno Cora, desde la cátedra hasta la rectoría, desde el ejercicio profesional hasta la Magistratura, nos lo presenta como escritor de correcto estilo, de serenidad e imparcialidad en sus juicios, de ideas y opiniones informadas en una sana filosofía y de una enorme y escogida ilustración, obtenida a través de sus lecturas cotidianas, constantes e ineludibles.

Mírase a Delgado al hacer la etopeya del distinguido Maestro, poner cariño y atinada interpretación del alma bondadosa de aquel encauzador de juventudes. Y antójase contemplar a través de las expresiones del cordobés su misma silueta moral; vemos a don Rafael "siguiendo al alumno en todos sus pasos, lo mismo en su vida escolar que en su vida doméstica; compartiendo sus penas y sus alegrías, amándole como padre y como amigo, apartándole de malos senderos, reanimando su ánimo desfallecido, robusteciendo su espíritu con sabios consejos y estimulándole a seguir por el buen camino, para bien de su familia y de su patria".

En su dilecto Maestro bebió no sólo enseñanzas sino el ejemplo que como hombre y educador habría de seguir en la vida. Ha sido Moreno Cora para el autor de "Angelina" abrevadero valioso en que sació su sed de saber y su ansia de estudio y fué espejo de bondad y de moral en el cual habría de verse siempre. Y le siguió con devoción durante todas sus actividades docentes y literarias y el discípulo fué digno del mentor.

Y hasta las mismas tristezas arraigan en Delgado: "Todos los problemas religiosos, filosóficos y sociales que hoy conmueven el mundo intelectual le han proporcionado motivo de serias y detenidas meditaciones, de las cuales su alma naturalmente inclinada al bien y siempre dispuesta a recibir inspiraciones generosas, se aparta algunas veces triste y desalentada, pero más frecuentemente animosa y resuelta a seguir con paso firme el camino de la verdad, alumbrada por una esperanza indeficiente".

"De aquí procede el carácter profundo, serio, algunas veces amargamente triste y desconsolador, pero más a menudo entusiasta y ardoroso de sus escritos".

Se pinta en lo que dice de Moreno Cora y lo vemos igual durante toda su vida, calcado de la misma silueta, mostrando la enorme influencia que dejó en su espíritu el citado don Silvestre, a quien debió "no solamente enseñanza, aliento y doctrina, sino algo más: un cariño y una benevolencia inolvidables en quien pudo encontrar unidas las más altas dotes de la inteligencia con las más nobles prendas del corazón".

*

* *

En la biografía dedicada a su tío el Canónigo Sainz Herosa, nacido en Córdoba en 1815, se dedica a pasar en panorama rápido las actividades del susodicho, que fueron muchas y muy notables. Nada agrega al prestigio del literato y sólo es un documento lleno de noticias.



Perdidas en las columnas de los periódicos de provincia, publicadas a veces con un seudónimo, se hallan crónicas del literato veracruzano.

Pergeñó con cariño laudanzas a la provincia; asentó gritos de rebeldía contra conductas de sus coterráneos, enardeció el patriotismo de sus paisanos y siempre fué la voz que animó a actores y a entusiastas engendradores de acción provinciana.

De las crónicas que publicó hemos tenido la suerte de identificar dos de ellas; las demás están perdidas por falta de una colección completa de los periódicos de la época: solamente hemos encontrado números dispersos, por desgracia. Pero que sirvan las dos halladas para mostrar lo que habrá sido como cronista; aspecto del que se salva del olvido por sus estudios sobre "Don García" de "La Verdad Sospechosa" de Alarcón y de "Hamlet" de Shakespeare, que nacieron con visos de una crónica teatral.

Las otras dos de referencia tienen un valor literario nulo, comparadas con los estudios citados. La primera tiene el mérito de dar un esbozo ligero de la sociedad orizabeña de 1873; una función de ópera en la que se presentaba una obra mexicana: "Catalina de Guisa" de Paniagua.

Nombres conocidos de familias orizabeñas, cordobesas y veracruzanas bailotean en los renglones de la crónica, como asistentes al evento cultural.

Rompe el silencio de expectación en esa noche de arte, la música del Maestro mexicano y transcurre sin ninguna demostración emotiva de parte de los oyentes, el primer acto de la obra. Casi de la misma manera transcurren el segundo y el tercero: la misma frialdad, la misma parquedad en el aplauso; lo que fué motivo para que antes de que comenzara el siguiente, se atreviese el entonces joven poeta Rafael Delgado para llevar al palco escénico al Maestro Paniagua y tras el entusiasmo nacido de aquella acción, el aedo leyó unas estrofas laudatorias para el musicólogo y al final insertó una especial en que reprochaba al auditorio su silencio; silencio que logró romper el aplauso

unánime y sincero con que hasta entonces se premió al compositor mexicano.

Y cierra la crónica con un nuevo reproche a los padrinos del beneficiado, que fueron sordos a la distinción con que el músico les honró.

*
* *
*

La segunda crónica refirióse a la celebración del aniversario de la independencia en 1873. Flagela en ella a muchos orizabeños que no respondieron a su designación como miembros de la Junta Patriótica.

Y de seguida otorga aplauso al Colegio Nacional de Orizaba que se ha impuesto la obligación de conmemorar los aniversarios nacionales.

En el viejo Teatro Llave celébrase con una velada el de ese año, en la que tomaron parte Don Silvestre Moreno Cora y los poetas Justo González y Rafael Delgado, amén de los actos musicales que se intercalaron en el programa.

Desconocemos la pieza oratoria del Lic. Don Silvestre Moreno Cora, que no hemos podido encontrar; perdida está la Oda a Hidalgo de Rafael Delgado, solamente hallamos la poesía de Don Justo González, que parece ser la única publicada de esa ocasión.

Refiérese después a lo acontecido el 16 de septiembre: paseo cívico, desfile militar, discurso oficial por el Redactor en Jefe del periódico "El Pueblo" de Orizaba, otro del Presidente del H. Ayuntamiento, Don Gregorio Mendizábal, desde la parte alta del pórtico del Teatro Llave.

Y en la noche del 17 la diversión sencilla e ingenua del pueblo: fuegos de artificio, no prendidos el día anterior por la lluvia.

Y en esta crónica se despoja del "anónimo que le cubrió en los otros artículos", de los que solamente encontramos el anteriormente comentado.

Y repetimos, no han de ser estas crónicas de Delgado las que acrecienten su prestigio como escritor y le den merecido nombre de cronista. Pero hay que tener en cuenta que las susodichas fueron escritas cuando su autor tenía apenas veinte años de edad.

Dos traducciones de Delgado hemos encontrado en los periódicos del siglo pasado: una de 1889, de una prosa de Francisco Coppée, y otra en 1892, de otra de Edgardo Poe.

La primera fué hecha acaso enamorado de la descripción de un crepúsculo en las orillas del Sena, en París; que para quienes no sienten la belleza del paisaje pasaba inadvertido, según el relato de Coppée. El tema de la acción no tiene importancia; en la pintura de ese atardecer se encuentra toda la belleza de ese trozo literario hecha tangible con la importancia de una rica paleta pictórica, plena de emoción y rica en detalles, como tenía costumbre hacerlo el autor de la *Calandria*. Esa belleza de descripción enamoró a éste y no quiso que pasara inadvertida la obrita del francés.

La segunda traducción es un entretenimiento romántico, que debe haberle llamado la atención porque en esa época se sumergía aún en los encantos de la ficción ideal. Es el tipo de trabajo que bosqueja en el Prólogo de la novela corta de Peyrebrune: esa obra que se hacía “embelleciendo la vida con la pintura de un mundo ideal, que despier-ta en las almas poderosas tendencias hacia una existencia fantástica, hacia un modo de vivir puramente poético, matando en los aficionados a semejantes lecturas ese sentido práctico de la vida, sin el cual, la mísera prosa en que el hombre alienta llega a tornarse en un suplicio insoportable. En efecto, la novela idealista y particularmente la romántica —y téngase en cuenta que hablo en general— con sus fantaseos y delirios y su viajar continuo por las regiones de lo ideal, hizo aborrecer la vida común y corriente, produciendo esas turbas de pálidos y melencólicos soñadores y de doloridas y gemebundas señoritas que anhelaban —¡y vaya si el gusto era malo!— la dulce nostalgia del Rafael de Lamartine o el fin trágicamente criminal de Werther; la tisis de la *Dama de las Camelias*, o cuando tan insano deseo iba por mejor camino los infortunios de *Atala*, o los desengaños de *Graciela*”.

¡He aquí con las mismas frases de Delgado, pintado el cuadrito de Edgardo Poe que animó a aquél a traducirle!

Era el tiempo en que aún no se sacudía influencias extrañas y se mostraba siguiendo rutas marcadas por los escritores del viejo continente.

Y se comentan las citadas traducciones porque sirven para señalar la trayectoria del recorrido literario de Delgado.

FRANCISCO R. VARGAS

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

“La Verdad Sospechosa”.

Para JESÚS E. VALENZUELA

DON GARCÍA

Cinco lustros después de haberla leído por vez primera, hemos repasado y vuelto a repasar “La Verdad Sospechosa”, célebre comedia moral, tan ingeniosa y bien dispuesta que por invención, negociando lícitamente con España, no obstante la guerra entre ambas coronas, Pedro Corneille ofrecía dos de sus piezas mejores ¹, lo que vale tanto como si hubiese querido dar Cina y los Horacios.

Por obra tan famosa, dice Voltaire ² —autoridad indiscutible en tales asuntos—, deben a España los franceses su primera comedia de carácter, como le deben, por haberla tomado de Guillén de Castro, su primera tragedia interesante. Y agrega el crítico que probablemente por Alarcón tienen sus compatriotas a Molière, el mayor de los poetas cómicos.

Hoy, como en nuestros alegres años juveniles, cuando entre una escena del escabroso Terencio y un coro de Séneca, nos engolfábamos en el mar dilatado del teatro español (el primero del mundo), la obra incomparable de tan peregrino dramático nos ha embelesado y seducido, en tal manera, que, a no tener en cuenta que es inherente a la mísera condición humana menospreciar de lo propio, por muy fino y

¹ Dedicatoria y Examen de “Le Menteur”.

² Prólogo a comentarios de la misma comedia.

aquilatado que sea, para rendir parias a lo ajeno, así no tenga calidades que para tanto lo acrediten, no acertaríamos ni a comprender ni a explicarnos cómo y por qué hasta ahora, —y eso merced al talento y a la suprema cultura de preclaro artista—, hemos llegado a ver y aplaudir en uno de nuestros coliseos, en el que ha debido y debe ser asiento de glorioso trípode para las letras mexicanas, comedia de valor tan subido y de tan alto mérito; y que hasta hoy se hayan tributado allí al insigne Alarcón, príncipe de nuestros ingenios, palmas y laureles que ha tiempo debimos prodigarle; laureles y palmas en mil ocasiones ofrecidos, y a veces mal gastados, en triunfal homenaje, a muchas insignificantes medianías extranjeras.

Paréceme Alarcón en nuestra historia literaria como eslabón de oro y de diamantes que une pasado y presente, una edad y otra edad, un mundo y otro mundo; que nos enlaza con la madre España; que mantiene en pie castizas tradiciones, que no debemos desdeñar, que si mañana —Dios no lo quiera— dejásemos de existir como pueblo libre, dueño de sí mismo, con carácter y letras propias suyas; cuando las gentes mexicanas, desde Sonora a Chiapas, hablaran extraña y pobre lengua, y desapareciera de aquí la nuestra castellana, solemne como la voz de nuestras cascadas, habla de reyes y de genios, opulenta de voces, giros y donaires, como tan ricos de oro nuestros montes, en la historia del Arte, en los anales del pensamiento humano, viviría nuestra Patria con Alarcón en quien resplandece magnífica el alma española dulcificada por la risueña alegría de nuestros campos en los cuales reina constante primavera y calentada por los soles de Anáhuac.

Sí, en las eternas páginas del teatro español perdurará por siglos de siglos, viva y real, con realidad patente y vida verdadera, sin que la achiquen tiempos nuevos, ni la opaquen flamantes usos, la hermosa figura de un mozo garrido de buenas partes, arrestado y ardiente, liberal y piadoso, magnánimo y sagaz, en quien prendas tan altas son afeadas por el vicio de “no decir siempre la verdad”, figura singular hecha de carne y sangre humanas, y animada por un soplo divino, en la cual supremas dotes de la inteligencia e hidalgas prendas del corazón, son vencidas a cada paso por una variedad siempre activa y una imaginación fecunda, poderosísimos y muy principales elementos de un

carácter hábilmente estudiado, profundamente comprendido, de perfectísima traza, y diseñado por una pluma magistral.

En nuestra lectura, no escasa por cierto (y nadie tome tal dicho a falta de modestia), en muchos estudios literarios y artísticos, no hemos encontrado precedente a este personaje de Alarcón, ni figura semejante al bizarro doncel protagonista de "La Verdad Sospechosa".

¡Y qué bien combinadas que aparecen en "Don García" las cualidades que informan su carácter y son partes constitutivas de su modo de ser! ¡Y qué atinadamente que las equilibró el poeta para no hacer antipático a su galano mancebo!

Aparente ecuanimidad, por singular fenómeno productora de un vicio, hijo de una excelente facultad y de malísima pasión, que suelen la plenitud intelectual y la entereza de corazón engendrar una vanidad, por todo distinta de la que anida en el necio y vive de él con infecundas manifestaciones. La vanidad en el hombre es, a las veces, y más frecuentemente de lo que el vulgo, ajeno a toda observación psicológica, piensa y cree, productora de nobles hechos, de excelsas obras y de hazañas dignas de loa. De aquí que el producto de artísticas labores no pueda vivir en el olvido y que afronte los azares de la publicidad, antes que permanecer en la obscuridad de un gabinete.

¡Y qué donosamente que supo el dramaturgo poner en contraste tales prendas y tales dotes y tales calidades, al lado de la sesuda y parsimoniosa gravedad de "Don Beltrán", cerca de la glacial experiencia del "Letrado", y junto a la turbia rectitud de Tristán, más que criado, amigo, y más que amigo, confidente, en quien por modo extraño, mas no por extraño menos verdadero y humano, se adunan las tolerancias de un viejo recto y honrado con las truhanerías de un bellaco. En Tristán está el hombre práctico, desengañado de la vida, en quien pueden más que los empeños de un padre cariñoso como "Don Beltrán", y que los atractivos de una Corte, los medros probables de un corregimiento productivo.

¡Qué fina perspicacia psicológica demuestra Alarcón, al sorprender los móviles arcanos de la conducta de "Don García"! ¡Cómo de un conjunto de cualidades hace brotar un vicio que todo lo empaña, todo lo desluce y todo lo afea!



Mucho nos engañamos, o la vanidad ostentosa y la imaginación por demasiado activa frecuentemente desenfrenada, son las bases en que se asienta el carácter del mentiroso.

Textualmente lo dice Alarcón, por boca de su protagonista, ahondando, hasta lo más profundo, con tacto digno de Shakespeare, “el buzo inmortal de los océanos del alma”, en el corazón de su personaje:

“Don García”

¿Dícame bien este traje?

“Tristán”

Divinamente, señor.

¡Bien hubiese el inventor

Deste holandesco follaje!

.....

a lo cual “Don García”, contestándose a sí mismo, replica contra el elogio que hace Tristán, no sin diabólica malicia, de las modas de Flandes:

*Por esa y otras razones
Me holgara de que saliera
Premática que impidiera
Esos vanos canjilones.
Que demás desos engaños,
Con su holanda el extranjero
Saca de España el dinero
Para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Más a gusto a menos costa.
Y no que con tal cuidado
Sirve un galán a su cuello,
Que por no descomponello,
Se obliga a andar empalado.*

Entonces, como ahora, sea dicho de paso, un cuello solía dar a su dueño demasiado quehacer.

Más adelante (escena VII del Acto I), pone el poeta en los labios de su galán pintoresca descripción de una fiesta dada en las orillas del río (descripción traducida, casi al pie de la letra, por la atildada musa de Corneille), cuadro deslumbrante en que el facundo mozo que apenas llegado a la Corte sueña ya con brillantes fiestas y galantes aventuras, hace derrochador alarde de poética fantasía.

Cuantos hayan visto o leído la comedia recordarán tan linda descripción. En ella el autor, puso uno de los dos principales elementos del carácter de "Don García". La fiesta ha sido suntuosa, y la mesa

*A lo italiano curiosa
A lo español opulenta.*

Ni podría ser de otra manera, como imaginada por mozo tal, inteligente, vanidoso, vivo de pensamiento y de palabra, heredero de un mayorazgo, y que en las platerías, a la puerta de un joyero, acaba de decir a Jacinta:

*Las joyas que gusto os dan
Tomad deste aparador.*

El afán de mentir así queda explicado más adelante, cuando Tristán le interroga acerca del supuesto convite, a lo cual responde "Don García":

*"Fingílo porque me pesa
Que piense alguno que hay cosa
Que mover mi pecho pueda
A envidia o admiración,
Pasiones que al hombre afrentan;
Que admirarse es ignorancia,
Como envidiar es bajeza.
Tú no sabes a qué sabe*

*Cuando llega un portanuevas,
Muy orgulloso, a contar
Una hazaña o una fiesta .
Taparle la boca yo
Con otra tal, que se vuelva
Con sus nuevas en el cuerpo,
Y que reviente con ellas.*

“Tristán”:

*¡Caprichosa prevención,
Si bien peligrosa treta!
La fábula de la Corte
Serás si la flor te entregan.*

“Don García”:

*Quien vive sin ser sentido,
Quien sólo el número aumenta,
Y hace lo que todos hacen,
¿En qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa,
El medio cual fuere sea.
Nómbrenme a mí en todas partes
Y murmúrenme siquiera,
Pues uno por ganar nombre
Abrazó el templo de Efesia.*

Y como última razón que disculpe su vicio, agrega:

*Y al fin, es este mi gusto
Que es la razón de más fuerza.*

En estos pasajes, todos ellos del Acto I, quedan apuntados los móviles que impulsan a mentir a mancebo tan listo y tan hidalgo, acabado

de llegar de Salamanca, donde al decir del anciano bajo cuya tutela había vivido:

*Son mozos, gastan humor,
Sigue cada cual su gusto:
Hacen donaire del vicio,
Gala de la travesura,
Grandeza de la locura;
Hace, al fin, la edad su oficio.*

Y es del caso hacer notar, después de esta cita, como rasgo interesante del carácter que vamos analizando, tan sabiamente pintado por el poeta mexicano, que no es “Don García” ni mujeriego ni libertino, —por mucho que en él rebozen energías juveniles—, como podrían suponerlo oyentes y lectores de la comedia, a poco de conocer los anteriores versos colocados con mucho acierto en las primeras escenas de la obra, no; “Don García” en la escena III del Acto I, —diálogo que en el teatro no escucharían sin escándalo nuestras pudibundeces finiseculares, aunque suelen estar muy a sus anchas y muy regocijadas ante las burdas crudezas del “género minúsculo”—; diálogo que acusa en Alarcón pasmosa habilidad, pues con lo que se dice en tal pasaje da soberbia belleza al carácter de su protagonista haciéndole por extremo amable, “Don García” escucha con marcada indiferencia la relación de Tristán acerca de las codicias y liviandades de las mujeres de la Corte. Oyele el mozallón y óyele contrariado, no porque tema caer en un lazo, sino porque no cuadra de amoríos vergonzosos contra los cuales le sirve de escudo su fantasía soñadora, noblemente galante. Desvía la conversación, tratando de descubrir la vida pasada de su criado, y a poco, como si le impulsara un ángel bueno, se lanza en pos de dos damas bellas y aristocráticas que a la sazón bajan de un carruaje frente a la tienda de un orífice.

Estos sencillos elementos fueron suficientes a Alarcón para trazar el carácter de su personaje con el cual se conquistó perdurable fama y gloria duradera, alcanzando puesto al lado de los más encumbrados dramaturgos. A su talento artístico, a su conocimiento y a su dominio

de la escena débese la fábula cómica; pero a su observación psicológica, a su penetración filosófica, a su práctica en el mundo y a su experiencia de la vida, es debido este personaje de “Don García”, esta creación maravillosamente humana: la mentira y el embuste son gemelos, y el mentiroso llega a creer firmemente en sus mentiras. No se le escapó a nuestro dramático este natural engaño de la propia imaginación, y acertó a consignarle en una de las escenas más interesantes, en la Escena IX del Acto II, cuando “Don Beltrán”, indignado, echa en cara a su hijo el vicio que le domina, le afrenta afeándole sus proceder y demostrándole la inutilidad de la mentira y lo infructuoso de ella, en comparación con los demás vicios de que adolece la triste humanidad. “Don García” se indigna a su vez, y exclama:

*Quien dice que miento yo
Ha mentido.*

“Don Beltrán”:

*También eso
Es mentir. Que aun desmentir
No sabes sino mintiendo.*

Rasgo de profunda observación, y último golpe de cincel con que el insigne corcovado, gloria de España y de México, dió término a este carácter, que con otro, que mucho se le parece, y entre los cuales hay afinidades comunes, el “Don Mendo” de “Las Paredes oyen”, bastan y sobran para dar solidez y perennidad a una fama, y asegurar a un autor gloria perdurable en los anales artísticos de una Nación y en la memoria de los pueblos cultos. ¡Tanto merece el ingenio humano, cuanto tanto alcanza! Tal gloria no consiste en imaginar y decir bien, sino en vencer y dominar las rebeldes pujanzas de la forma, y sobre todo —como dice Menéndez y Pelayo, a propósito de Shakespeare— “en el maravilloso poder de crear caracteres y fisonomías humanas, reales y vivas, que es entre todas las facultades artísticas la que más acerca al hombre a su divino Hacedor”.

SHAKESPEARE

HAMLET

Para BALBINO DÁVALOS

Al pronunciar esta palabra, este nombre extraño y singular, como que surge ante nosotros, con todos sus encantos y prestigios, toda la literatura dramática moderna, personificada en la simpática figura de un poeta inglés, calvo y de mirada penetrante.

Para quien esté iniciado en los misterios de la belleza artística y rinda culto al Genio, esa palabra es como un poderoso talismán. ¡Qué ideas no despierta! ¡Qué de graves pensamientos no aviva en la memoria cuando al oírle le pronunciamos! Y ¿qué será lo que experimente el ánimo cuando, en el amplio salón de suntuoso teatro, donde se haya dado cita cultísimo auditorio, nos dispongamos a escuchar, sin perder vocablo, temerosos de que se nos escape hasta una sílaba, la incomparable tragedia del excelso dramaturgo?

Yo de mí sé decir que, en tales momentos me he sentido embargado de emoción, poseído de profundo religioso respeto; y que largas horas después, paseándome en fresco jardín, bajo la sombra de añosos fresnos, respirando el aroma de los naranjales enflorados, aún no había yo recobrado esa plácida y tranquila serenidad de espíritu que, al decir de Goethe, es indispensable para meditar en la belleza artística y discernir su mérito. Y no porque el terror trágico me hubiera anonadado, que nunca Hamlet ha conseguido ponerle en mi alma, sino porque, como el buzo de la germánica leyenda, como el buzo de Schiller —pasmoso simbolista—, venía yo de los abismos de insondable mar, del pro-

fundo seno de la humana conciencia. Asombro, no terror, me robaba el habla y entorpecía mi mente.

Es cosa sabida que la tragedia (algunos dicen que su nombre lo expresa así), tiene el noble objeto de elevar el espíritu por medio del terror, por la más alta expresión artística del dolor humano, y por manera sublime, que sin lo sublime no habrá jamás tragedia vividera, presentarnos las mayores altezas caídas en el polvo, al soplo impetuoso de la adversidad, y así robustecer el organismo moral, y purificar las almas como las tempestades purifican la atmósfera mefítica de la ciénaga. En la tragedia las pasiones crecen y se agigantan; se levantan rebeldes e indómitas, tremendas e invasoras, y corren, arrasando todo, destruyendo todo, como torrente salido de cauce, que derriba árboles seculares y arrastra rocas, y por todas partes extiende su imperio desolado.

Orestes perseguido por las Euménides; Medea, pálida y aterrada, esgrimiendo el puñal ensangrentado ante sus hijos muertos; Edipo, víctima de las iras del Hado, desvalido y ciego, entrando, para morir allí, en el bosque de Colona, guiado por la piadosa Antígona; los tres llenaron mi alma de sublime terror. ¿Por qué la taciturna figura del Príncipe danés, vengador y desventurado como el hijo de Clitemnestra, no me espanta?

Esta pregunta me hacía yo, al día siguiente de la representación de Hamlet, llevado a la escena —según el consejo de un gran maestro de estética— por una mujer de talento, y después de leer y repasar la célebre tragedia en tres versiones, a cual más acreditada.

Acaso no sea acertada mi respuesta, y mi error dependa de un estado particular de mi ánimo.

A mí, Hamlet no me hace sentir, me hace pensar; me hace dudar.

El sombrío personaje de Shakespeare, tal como de su autor recibió alma y vida, forma y cuerpo humanos; personaje irónico, sutil, descarado, dialéctico, tímido y vacilante; más que la personificación del castigo de que son merecedoras la perfidia y la vileza humanas, paréceme serlo de la duda y del desaliento. Me parece como el tronco de ese li-

naje de tristes y descorazonados entre los cuales contamos a Werther, a Fausto, a Jácopo Ortiz, a Manfredo y a Renato ¹.

Tocóle a Shakespeare vivir y florecer en época asaz turbada e inquieta. En todas sus obras hace alarde de rara impersonalidad, en todas ellas desaparece el poeta, el cual, salvándose del medio en que alentaba, identifica siempre sus personajes con los tipos generales del hombre; mas por singular excepción, acaso porque en la obra en que hoy nos ocupamos se hermanaban y compadecían tiempo y protagonista, el incomparable dramaturgo dió a su dolorido doncel mucho del propio carácter, y mucho más aún de su conciencia perturbada y de su pensamiento poco firme e inquieto.

Dolorosos y tristes eran aquellos tiempos. Los esplendores de una corte como la de Isabel, conmovida hondamente de conciencia, y lastimada en lo que tiene de más grande el alma humana —la fe—, no eran más que los terciopelos que ocultaban asquerosas llagas pestilenciales, y el poeta, cuyo noble corazón había sido tan amargado en la niñez, cuya mocedad precaria da lástima considerar ², difamado y herido, tenía que expresar, toda vez que el carácter de su protagonista a ello se prestaba, las amarguras de aquellos tiempos en natural consorcio con sus propios dolores, con sus escarmientos y con el menosprecio que le inspiraban las iniquidades de los hombres, poniendo en todo su propio desaliento y en un reflejo cárdeno las infamias y crueldades de palaciegos y validos, y los horrores de una monarquía hipócrita y sangrienta.

De aquí, a mi ver, el carácter dado a su creación; de aquí la desconfianza, el tedio, el desencanto de la vida, y la iracunda tristeza tan elocuentemente expresados por boca de Hamlet y que tuvieron eco maravilloso en la lira del infortunado poeta de Recanati, que supo envolver tan noblemente el dolor moderno en el clásico peplo del dolor antiguo.

Católico era Shakespeare —podemos afirmarlo, en vista de recientes trabajos críticos—, pero de fe débil y confusa conciencia religiosa, como viviente entre personas de espíritu tornadizo, y muelle hasta do-

¹ “Los Hijos Vengadores” por el marqués de Valmar.

² La obra citada y “Shakespeare en son temps”, par M. Guizot y el soneto CXI de Shakespeare.

blegarse en todo y por todo a los caprichos de un rey mujeriego y lleno de vicios, y ya se sabe cuánto pueden en el ánimo, y particularmente en un artista, así fuere el autor de Ricardo III, aquellos que le aplauden y lisonjean.

Los caracteres formados en época como la que tocó al poeta Stratford, tienen que ser tristes, vacilantes, desconfiados, y en ellos, por lo común, al estallar la primera tormenta de dolor, brilla la idea del suicidio con terrífica luz, como el relámpago al principiar la tempestad.

Así se explica el carácter de Hamlet; sus tendencias pesimistas —perdóneseme esta aplicación anacrónica de la palabra, en gracia de la exactitud—, su tímida venganza y su falta de fe en esa divina vaguedad que se llama Ofelia. Así se explica el modo de ser de ese mancebo, vengador de su padre, y en quien, como lo hace notar su crítico, pueden más las palabras que las pasiones.

La tragedia en cuestión no producirá nunca, en concepto mío, el sublime terror trágico, porque los elementos principales de ella no son pasiones, sino ideas.

Entre Orestes y Hamlet hay una distancia inmensa; distancia que la filosofía moderna está empeñada en no acortar. Uno es el corazón; el otro es el pensamiento. Orestes es la fe robusta y potente; Hamlet la razón débil y osada. El primero podrá aterrarnos, mas no arrancará de nuestros ojos una lágrima, porque en los actuales tiempos nadie sabe llorar. El segundo nos hará pensar... pensaremos con él, y ¡ay! acaso para dudar, acaso para dejar de creer. No en vano somos hijos de nuestro siglo.

Pluviosilla, 1900.

A CAYETANO RODRIGUEZ BELTRAN

CARTA LITERARIA

Pluviosilla, a 23 de diciembre de 1904.

Señor Don Cayetano Rodríguez Beltrán.
Tlacotalpan.

Muy querido amigo:

Al cabo de un año, o poco menos, escribo esta carta, cien veces prometida y esperada por usted con heroica paciencia que admiro y agradezco de todo corazón.

¡ Si usted supiera cuántas veces me senté a escribir estos renglones, y cómo, pluma en mano, delante las cuartillas, tuve que dejarlas para atender a cosas muy urgentes, de aquellas ineludibles para quienes como nosotros viven atenedos al ajeno arbitrio! ¡ Si usted supiera mi buen Onateyac, de mis quehaceres y de mis murrias! De seguro que habrá de perdonarme la tardanza, como lo harán, así lo espero, tantos amigos, tantos escritores amables, a quienes debo señaladas preferencias y muchos libros de apacible entretenimiento, los cuales he debido leer, durante las vacaciones, en nuestra plácida Alameda, bajo los fresnos renacientes, al rumor armónico de los *ocotes* tan propicio a los devaneos de Conchita Mijares. Pero... ¡ El hombre propone y Dios dispone! Orizaba se ha mostrado digna del cariñoso apodo, y — ¡ hembra al fin, y como tal caprichosa e ingrata! — *pluviosa* en demasía con su amartelado novelador.

No quisiera yo escribir esta carta; preferiría mil veces conversar con usted allá, en el terruño, frente a los infinitos horizontes, ante aquellas *yaguas de trémulos penachos* a la llegada del anchetero que redondea su viaje, a la puesta del sol, cuando el aurino cielo parece surcado de ráfagas cerúleas, y el regio Papaloapan semeja mar de múrice.

Allí hablaríamos muy sobradamente de los *Perfiles*, y diría yo a usted cuanto me ocurre y pienso de su hermoso libro, sin cuidarme de tiquismiquis gramaticales ni de refinamientos de estilo, ni del público malévolo que acecha y atisba para coger gazafatones, más ganoso de esto que de buscar bellezas.

Recuerdo que hace algunos años, con motivo de la publicación de otro libro de usted, me permití indicarle la conveniencia de que estudiara las cosas y los individuos de esa comarca incomparable y de esa linda ciudad, musa de largo aliento y saga de pintores y poetas.

¡Y qué bien que ha sabido usted renovar en los lectores de su libro, si alguna vez estuvieron por allá, la visión de aquel río, de aquellas tierras y de aquellas gentes!

Leyendo *El Patio* he aspirado la fragancia del *galán de noche*, y otro mejor aroma, superior, y con mucho, al de aquellos jazmines y al de aquellas orquídeas, el aroma de las almas tan magistralmente pintadas por usted, en *La Máquina de Coser*, cuadro seductor de costumbres sencillas, pródigo en saludable psicología, dechado de ternura, de abnegación y de piedad social.

Me sería imposible, en el breve espacio de una carta, hacer una verdadera *revista de salón*; esto es, estudiar todos y cada uno, como se lo merecen, los cuadros magistrales expuestos por usted.

Hablaré de unos cuantos, y en primer lugar de *Tismiche*, de mi amado Tismiche, cifra y compendio de muchas almas. Poco ha escrito usted, mi excelente amigo, más hondamente sentido que ese cuadro, en el cual palpita la vida con suprema, radiante y completa intensidad. Vibra en el alma de usted la cuerda de los sentimientos apacibles por manera tan maravillosa que la expresión de ellos es tan honda que supera al poderoso talento descriptivo que admiro y aplaudo en usted muy sinceramente. Y cuenta que es en usted tan rica la vena pictórica que, —¿me atreveré a decirlo?— a veces daña las proporciones del

cuadro, particularmente en los primeros términos, por exceso de pormenores. Quisiera yo más sobriedad; que no se empeñara usted en decirlo todo, pues sucede que a veces los rasgos enérgicos, las figuras más vigorosas y mejor delineadas, se pierden entre muchas minucias, que no por ser bellísimas dejan de perjudicar el conjunto. Mira usted en aquella lujosa y exuberante Naturaleza cuanto hay que ver en ella, y lo ve usted con ojos de pintor y con ojos de poeta, y quien entienda de honduras artísticas lo sabrá apreciar y estimar como es razón; pero no así la mayoría de los lectores, a quienes bastan los rasgos salientes, los necesarios para que se les revele el alma de las cosas. Usted enseña Geografía, —como yo la he enseñado—, y habrá podido observar que los niños (y niños son sin duda los lectores en su inmensa mayoría) cuando tienen delante un mapa, y aún no se avienen al estudio, miran nombres y más nombres sin poder dar ni acertar con el que buscan. Tal me parece que sucede con la descripción cuando en ella superabundan pormenores. ¿Recuerda usted la descripción del jardín en *La Caída del Abate Mouret*, y los cien cuadros de *El Vientre de París*?

El Patio es muy hermoso. ¡Vaya si lo es! Quisiera yo en él más descripción y menos enumeración de las flores, y que hubiera usted sabido precaverse de los nombres vulgares que por ser unos aquí, otros allá, hacen incomprendible la expresión en muchos párrafos. Por lo demás, *El Patio* huele a flores y al leerle, quienes saben leer, perciben frescor vespertino, y se sienten mareados por una orgía de aromas.

El estilo de usted, amigo, ha ganado mucho en soltura y en galas, en corrección y en nerviosidad, sin perder nada de su frescura ni de su opulencia de colores y de matices. En esto último le admiro a usted a cada párrafo. A veces me parece mirar aquel río, y aquel cielo, azul, azul, azul, a través del cual pasa, rumbo a lagunas distantes, una legión de garzas, las unas blancas, las otras color de rosa, como nube próxima a deshacerse en lluvia de gardenias y de ababoles.

Convendría, a mi juicio (humilde como mío) que cuidase usted más la dicción (de ordinario correcta) a fin de hacer más límpida la frase, más variado el giro y más concisa la expresión.

No quiero decir con esto que se ande usted con repulgos académicos como suele decirse, y haga que su estilo, tan corriente y gallardo, se

vuelva tardío y laborioso, no, —¡guárdeme de ello Dios!— que nada resulta bello cuando no es espontáneo, sino que aproveche usted más, puesto que es lícito el hacerlo, de su abundante lectura de los buenos hablistas, para enriquecer la propia dicción con tantos y tantos giros en que abunda la lengua castellana. Mucho más tengo que decirle y ya se lo diré algún día, y Dios quiera que sea allá, en el terruño, después de visitar el sepulcro de aquella dulce poetisa que sabía decir tan lindas cosas... a la vista del Papaloapan, bajo el cielo tachonado de luceros, contemplando cómo brilla Canopo en las oscuras regiones del Austro, al eco melancólico de la canción llanera y de la bandola quejumbrosa.

¡Adiós, amigo mío! ¡Un abrazo muy sincero! Y... ¡Feliz año! Dios conserve en usted el amor a las letras, que son buenas amigas, y ardiente y galana inspiración.

Suyo, como siempre, afectísimo amigo y S. S.

LA ANTORCHA DE LA NIÑEZ
*POR RICARDO DOMINGUEZ **

El conocido y simpático poeta jalapeño ha consagrado últimamente su pluma a los niños de las escuelas de instrucción primaria, y por ello es acreedor a las felicitaciones de los hombres de corazón. En tal empresa —muy difícil por cierto— no hay aplausos, ni gloria, porque los libros escritos con el objeto de satisfacer las necesidades escolares ni son brillantes, ni se prestan para hacer ostentación de galas y donaires poéticos. La niñez es sencilla, y sencilla debe ser la poesía que en sus manos ha de ponerse, serena, amable, exenta de las pasiones de partido y depurada como el oro en el crisol, en el fuego del amor sincero de la verdad. Nada valen en una obra de esta clase los arrebatos de la inspiración y la atildada corrección en el decir, en ella debe hablarse clara y llanamente para ser comprendido de tan tiernos lectores como son aquellos que salidos apenas del regazo maternal dan los primeros pasos en el áspero sendero de la vida. Pero las dificultades suben de punto cuando el libro trata de hacer amables a los niños, los héroes y los caudillos de un pueblo por mucho tiempo víctima de tremendas sacudidas políticas y teatro de enconadas pasiones.

No es nuestro deseo analizar el libro del señor Domínguez, que además de ser poeta es periodista, y periodista ardoroso, de un partido que ha luchado y lucha sin cesar por la realización de ideales que por lo menos consideramos peligrosos. En las luchas civiles, en las agitaciones políticas se exacerban las pasiones, se enconan los ánimos y la razón suele ofuscarse; de ahí que los paladines de ambos campos afirmen o nieguen cosas que no están siempre conformes con la verdad.

* Nota Bibliográfica en el Boletín de la Sociedad "Sánchez Oropeza".—Tomo IV núm. 10. Páginas 232 a 234. Orizaba Ver., 15 de octubre de 1890.

De la agitación periodística, de los combates diarios, algo queda siempre al batallador; ora sean prejuicios de escuela; ora preocupaciones de partido, de lo cual debe resentirse, sin duda, una obra escrita por quien viene del campo de batalla. ¿Tiene algo de esto la obra del señor Domínguez? Pero es casi imposible, en tiempos como los que por desgracia, nos han tocado, satisfacer plenamente a unos y a otros, a los amigos y a los enemigos. Nos complacemos en señalar que en el librito de nuestro caballeroso amigo el señor Domínguez, a quien sinceramente estimamos, por mucho que en ciertos puntos no pensemos de la misma manera, hay ese respeto a las opiniones ajenas tan necesario para hacer práctica una verdadera libertad, respeto que quisiéramos ver siempre creciente entre los individuos que lidian en el campo de las Letras. El poeta jalapeño no ha hecho una obra de partido; bien sabe el señor Domínguez que la niñez debe vivir en una atmósfera serena; que en medio de las tempestades de los partidos no se forman las almas generosas, ni se robustecen los caracteres nobles a los cuales se ha de pedir un día el sacrificio de la felicidad y del bienestar en favor de la Patria de la cual somos hijos, y por cuya prosperidad todos suspiramos. El señor Domínguez no ha hecho una obra de partidos, ni es capaz de hacerla, tratándose de los niños, hartos sabe que deben vivir alejados de nuestros rencores y de nuestras divisiones enojosas, y que a la niñez no se debe dar más que la verdad.

Tal vez no falte quien juzgue con demasiada severidad este libro porque no satisface tales o cuales ideas. Nosotros menos severos al tratar de él, nos complacemos en hacer constar que el autor de *La Antorcha de la Niñez* que no hace un misterio de sus ideas y de su admiración por algunas figuras históricas, no trata de imponer los principios que informan otras obras suyas, y como corresponde a quien como él se precia de ilustrado y culto, ha sabido ser respetuoso con otros personajes de nuestra Historia que no le son simpáticos.

P R O L O G O

A "Los Hermanos Colombe".—
Cuento por Jorge de Peyrebrune.
Traducido del francés al español por
el Dr. G. Mendizábal.—Orizaba.—
Imprenta del Hospicio a cargo de
E. Guapillo.—1889.

AL QUE LEYERE

El traductor de esta hermosa novelita que tienes en las manos, lector amabilísimo, ha querido que vaya precedida de unas breves líneas que la recomienden y hagan simpática ante las personas que, con una discreción que las acredita de prudentes, están mal dispuestas a recibir leyendas y narraciones procedentes de Francia. Algunas de esas personas han llegado a proscribir de sus hogares, no sólo las novelas francesas, por perniciosas y vitandas, sino todos los productos del género, temerosas, y con razón, de que esposa e hijos no encuentren en tales obras edificantes ejemplos.

Mucho se ha hablado de la novela en estos últimos tiempos, sobre todo de las novelas malas, y no han faltado preclaros autores que tras de haber asombrado al mundo con narraciones novelescas, hayan terminado por condenar el género, declarando que, por lo menos, la lectura de esos libros, embelleciendo la vida con la pintura de un mundo ideal, despierta en las almas poderosas tendencias hacia una existencia meramente fantástica, hacia un modo de vivir puramente poético, matando en los aficionados a semejantes lecturas ese sentido práctico de la vida, sin el cual, la mísera prosa en que el hombre alienta llega a tornarse

en un suplicio insoportable. En efecto, la novela idealista y particularmente la romántica —y téngase en cuenta que hablo en general— con sus fantaseos y delirios y su viajar continuo por las regiones de lo ideal, hizo aborrecer la vida común y corriente, produciendo esas turbas de pálidos y melenudos soñadores y de doloridas y gemebundas señoritas que anhelaban —¡y vaya si el gusto era malo!— la dulce nostalgia del Rafael de Lamartine o el fin trágicamente criminal de Werther; la tisis de la Dama de las Camelias, o cuando tan insano deseo iba por mejor camino, los infortunios de Atala o los desengaños de Graciela.

Ayer se quejaban los moralistas de los peligros de la novela romántica e idealista y hoy lamentan y anatematizan las crudezas de la literatura realista. Ayer condenaban a unos y hoy condenan a otros.

Yo soy el primero en confesar, lector amabilísimo, que el peligro de unas y otras es cierto, pero advierto que ninguno de los géneros es malo de por sí y que intemperancias caben, por desgracia, tanto en el uno como en el otro. A mi ver ambos géneros serán buenos cuando los autores vayan por el sendero debido, digo más, por sendero cristiano. De una escuela y de otra conozco libros que siempre apartaré, con santo celo, de manos de toda persona que me sea querida, y he leído no pocas obras de idealistas y de realistas que conceptúo buenas, moralizadoras y benéficas, sin que te pienses, ni por un momento, lector mío, que las tales novelas son insulsas e insípidas narraciones para uso de doctrinos o chiquillas de escuela.

Wiseman, Manzoni, Fernán Caballero y Coloma te dirán si miento.

Cuando una novela es buena, no sólo por lo ingenioso de la fábula y por las gracias del estilo, sino también por las tendencias y por la manera, buena es; y aunque, sin disputa, vale más y es de más provecho la lectura de obras serias y de sólida doctrina, puede serlo también y sobrado benéfica, la de los libros de pura imaginación que deleitan con las gracias del arte, al mismo tiempo que hacen amable la vida y despiertan en el alma saludable alegría. Hoy por hoy la literatura idealista —por lo menos la novela— está de capa caída, y el género realista, encomiado calurosamente por unos y vituperado por otros, en privanza. Paciencia, lector amabilísimo, paciencia, que

no está en nuestras manos remediarlo, y leamos novelas realistas, pero buenas.

La que tienes en las manos es realista. Admírate, si quieres, al ver que te la recomiendo y alabo.

No quiero hablar aquí del tan asendereado Realismo, de ese Realismo que tan irreflexivamente recomiendan unos y tan neciamente vituperan los otros; ni este prólogo, si así merece llamarse, debe ser muy largo; pero aprovecho la oportunidad para hacerlo notar, con el fin de calmar tus escrúpulos, que la inmoralidad del Realismo, tan vociferada y maldecida, es cuestión de acierto en los autores, y que no todos los escritores de la aborrecida escuela gustan de presentar horrores e inmundicias físicas y morales. Realista es esta historia vulgar que a la vuelta sigue: puedes leerla sin temor, que en ella no encontrarás nada que no vaya ajustado a los principios de la moral más severa; léela que harto te vas a divertir y harto encontrarás que imitar en ella, si eres de los que leen y meditan para sacar provecho de virtud de todo libro.

En esta encantadora novelita, aprenderías, si fueras de los que hablan de Realismo sin saber lo que es, y gustan de vituperar esa escuela sin conocer los principios que profesa, que una cosa es la intemperancia de ella y otra la excelencia de sus teorías artísticas. Entonces vendrías en acuerdo de que novelas malas las ha habido siempre en todas las escuelas, y que si corruptoras e inmorales salen de péñolas realistas, de plumas idealistas las hay iguales o peores. Entonces también estarás en aptitud de comprender que no son las novelas malas las que desmoralizan a la sociedad, como muchos creen hasta el punto de imaginarse que si se acabara esa literatura el mundo sería una tierra de venturanza, sino que las sociedades corrompidas producen novelas corruptoras; que las novelas retratan a las sociedades que las producen y que los malos libros tienen no poco de quienes los compran y los leen. Lee las encantadoras páginas del libro que tienes en las manos y confesarás que el Realismo, bien entendido, sobrio, amable y civilizador, es digno de aplauso.

PROLOGO

A "UNA DOCENA DE CUENTOS" DE ONATEYAC

NO FUE POSIBLE LOCALIZAR ESTE TRABAJO

LA CRUZ

I

Desde las altas cimas de Pirene hasta las bocas múltiples del Rha, y desde las brumosas tierras caledónicas, hasta las soledades de los desiertos líbicos, el nombre romano era pronunciado con admiración y repetido con temor. Bajo el cetro tiránico de los Césares yacían sojuzgadas las naciones todas de la tierra, y después de pasear por todos los ámbitos del orbe sus Aguilas gloriosas, los vencedores de las Galias, de Grecia y de Numancia, ceñidos con los laureles de cien conquistas, los viejos legionarios, reposaban tranquilos a la sombra del Capitolio.

El dios Término se detenía en sus avances y fijaba los lindes del Imperio, y el poder latino, después de ocho siglos de guerras y de aventuras, cerraba, por última vez, con pompa solemnísimas entre el aplauso de los pueblos y por mano de su Gran Pontífice, las doradas puertas del templo de Jano. La unidad política y social que por un designio de la Providencia juntaba, bajo un mismo cetro, a todas las naciones, para disponerlas a recibir la Buena Nueva de la verdad, estaba realizada.

El Dios de los Cielos y de la tierra tomó carne mortal, y en una humilde ciudad de la tribu de Judá nació en un pesebre, saludado por los ángeles con augustas palabras:

¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

II

La señora del Mundo, perdidas las nobles y severas virtudes de Cincinatos y Lucrecias, procaz y torpe cortesana, coronada con apio de Túsculo y rosas de Tívoli, ebria de vino y enervada por la corrupción, incrédula y enferma de muerte, vivía entregada a los deleites. Mísera bacante, vendía sus caricias a los pretorianos y apuraba en suntuosos festines, con el Cécubo perfumado de sus triclinios, las heces de la iniquidad. Todas las gentes del colosal Imperio brindábanle, a porfía, tesoros y deleites: galeras colmadas de oro la patria heroica de Viriato; Arabia sus preciados aromas; sus valiosas telas y sus ricos tapices las ciudades muelles e industriales del Asia Occidental; sus vinos calurosos las islas del Egeo; Grecia, aunque decadente y esclava, artistas, poetas y juglares; Egipto sus monumentos asombrosos de mejores días, sus sabios sofísticos y embusteros y sus lascivas y seductoras danzarinas; todas las naciones, sus divinidades y el Universo entero, sus vicios más repugnantes y asquerosos.

Copia abundante de riquezas, aparente bienestar, juegos espléndidos y fiestas deslumbrantes, dignas del Oriente opulento y fastuoso, velaban, como a manera de ricos atavíos, el cáncer mortal que devoraba a la reina del Tíber.

El valor heroico que, en los férreos tiempos de la República, trajo cautiva al anchuroso Foro la victoria, extinguíase en la molicie, y mientras estoicos y epicúreos discutían, en el bullicio de las termas las excelencias del placer, legisladores y capitanes, filósofos y poetas, consumían en la hechicera Bayas, la de las aguas de color de cielo, la perla de Campania, en brazos de las ramera de los países más remotos, el poco vigor heredado de sus ya débiles abuelos.

La plebe, hambrienta y desvergonzada, vagaba por las hermosas vías de la gran ciudad, pidiendo pan y juegos, o yacía floja y desmayada en las miserias de la ergástula, y la dignidad humana, degradada hasta el aniquilamiento, clamaba al cielo en la sombra de las gemonias. Materializada e incrédula la señora del Lacio, olvidaba sus patrios dioses, y corría en pos de bárbaros agoreros y cínicos aurúspices, venidos de Menfis y de Asiria, para derrocar con ellos sus númenes

tutelares y levantar altares y quemar incienso a divinidades eróticas y extrañas. Roma, sin esperanza, y presa de mortales desmayos, buscaba, en vano, algo levantado y divino, nuevo vigor, nueva savia que volviera la vida a aquella sociedad que sucumbía, una nueva creencia, un principio salvador. Desalentada y sin fe, se rodeaba, como Cleopatra, de flores y perfumes para morir en el deleite.

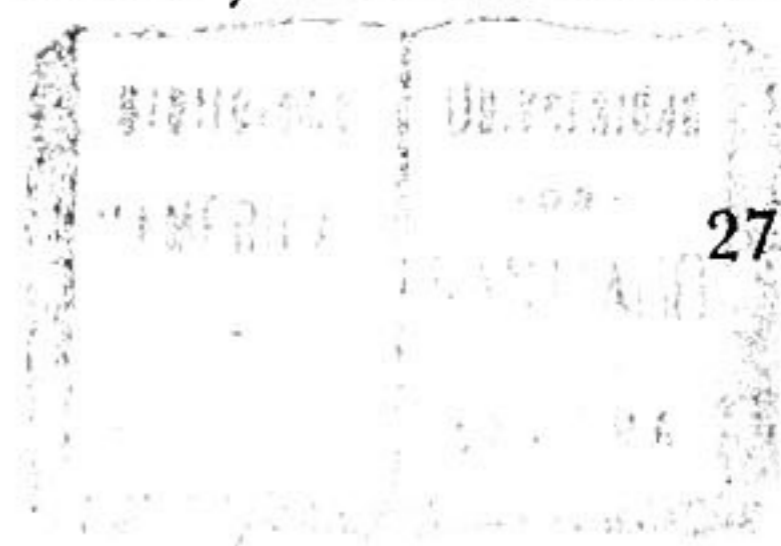
¡Los dioses impotentes y sin crédito, se alejaban del mundo para siempre!

III

El Mesías esperado, anunciado por los profetas de Judea, predicho por las sibilas y cantado por Virgilio; el Salvador recorría las ciudades de Galilea, predicaba una doctrina dulce, magnánima, doctrina de paz y caridad. Proclamaba que su reino no era de este mundo; ensalzaba la pobreza, consolaba a los desgraciados, prometía a los pobres eternas venturanzas, santificaba a la mujer, bendecía a los niños y prometía a los esclavos libertad. Por apóstoles tenía humildes pescadores, y enseñaba a las turbas, asombradas de sus milagros y subyugadas por su acento, con el ejemplo y la palabra, una moral sublime que irradiaba como un sol sobre las doctrinas de todos los sabios y filósofos.

Predicaba doctrina de abnegación y sacrificio, y el mundo, egoísta y corrompido, entregado a todos los desórdenes, apenas si escuchaba su palabra. Mal podía la Roma de los Césares oírle en el estruendo de sus orgías y en el bullicio de sus fiestas; pero su pueblo, el pueblo despreciado de los Judíos debía de acogerle, toda vez que restauraba la fe y en él se cumplían todos los vaticinios de sus profetas. Mas tampoco su pueblo le escuchó, y desconocido, beñado, ultrajado y escarnecido, le acusa y condena, después de recibirle en triunfo, y como un vil criminal, corónalo de espinas, expira en afrentosa muerte, en suplicio de cruz, entre dos ladrones, anunciando que ha consumado su obra y pidiendo perdón para sus enemigos.

¡Santa y sublime muerte que conmovió a la naturaleza y que produjo trastornos aterradores en los elementos! ¡Santa y sublime muerte que sólo podía ser la muerte de un Dios!



IV

La cruz, instrumento de afrentosa muerte hasta aquel día, fue desde entonces el emblema glorioso de una religión divina, signo de salvación eterna para el hombre, y símbolo de civilización para los pueblos.

Brilla resplandeciente en el cielo, trayendo la victoria, exaltada por Constantino en lo alto del Capitolio domina al orbe, atónito y asombrado del heroísmo de los Mártires y de la santidad de los confesores, y el mundo redimido se postra ante el humilde Galileo.

¡La humanidad está salvada!

In hoc signo vinces.

V

La cruz, signo de salvación, reposa sobre el pecho de los mártires y les da valor en los suplicios; en mano de los apóstoles abre a la verdad las regiones desconocidas de la tierra; acompaña a los cenobitas en el desierto y guía a los Cruzados en sus empresas.

Enseña de libertad para los pueblos, protege los derechos del débil y representa los principios de la eterna verdad; redime a los siervos de la ominosa cadena de la esclavitud, eleva a la mujer al igual del hombre y cimenta en las naciones una justicia templada en un orden de cosas que las sociedades antiguas nunca pudieron comprender.

Símbolo de civilización, adorna la diadema de los reyes y las banderas de las repúblicas, corona los claustros, refugio de la ciencia en tiempos de oscuridad, y consagra todas las conquistas del espíritu humano; guía a los navegantes al través de mares desconocidos; lleva luz y caridad a los salvajes; santifica el hogar y la familia; presta sombra benéfica al sepulcro, y su ástil es el eje de toda la sociedad moderna, grande, levantada, generosa y civilizada, porque reposa en los principios de la Cruz, porque es cristiana.

Ante un hombre de oscuro origen, dice un escritor judío, ministro de una de las naciones contemporáneas más civilizadas y fuertes, ante el hijo de una raza maldecida, de un pueblo disperso por el orbe sin

patria y sin amor, ha estado postrada la humanidad por diez y nueve siglos. . .

Muy grande debe ser ese hombre, sí, muy grande, porque ese hombre es un Dios.

¡Ay de la Humanidad si un día olvida los principios predicados por el humilde profeta de Galilea!

¡Ay del hombre si un día derribara para siempre el árbol de la Cruz!

CARTA SOBRE EL MODERNISMO LITERARIO

NO FUE POSIBLE LOCALIZAR ESTE TRABAJO

PENSAMIENTO

En la página 106 de la Corona Fúnebre dedicada a la memoria del Sr. General de División Luis Mier y Terán y obsequiada en el primer aniversario de su muerte a su distinguida dama la Sra. Adela Cuesta de Mier y Terán. 1892 —México— Imprenta de “El Nacional”. Avenida Juárez número 11.

“Cuanto amamos en Agrícola, cuanto admiramos en él, queda y quedará en el ánimo de los hombres y en la eternidad de los tiempos con la fama que hay de las cosas”.

Así termina Tácito la célebre biografía del Gobernador de Bretaña. Serenas y majestuosas palabras, que debían ser inscritas en las tumbas de cuantos han tenido en sus manos los destinos del pueblo, como para recordar a todos los que mandan y gobiernan la fecundidad del bien, la severidad de la historia y la perennidad de la justicia.

Orizaba, marzo 3 de 1899.

PENSAMIENTO

Publicado en "El Estudiante".—
Revista I, 10; 320.—México, junio
de 1914.

Hay una felicidad que muchos menosprecian y que muy pocos estiman: *vivir y tratar con almas buenas, para las cuales el bien y la verdad sean como el aroma de las flores, cosa común y natural.* La pérdida de esa felicidad no puede ser pagada ni con las riquezas del mundo, ni con el genio de Shakespeare, ni con la ciencia de Humboldt.

I-II-1904.

DON SILVESTRE MORENO CORA

Nadie menos a propósito que el discípulo para juzgar del maestro cuando son tantos y tan subidos los méritos de éste, y tan exiguas y modestas las aptitudes literarias del otro; ninguno menos capaz que quien escribe estos *apuntes* para emitir opinión acerca del talento y de la doctrina del autor de este libro, ofrecido con laudable empeño a la cultura hispano-americana por el diligente editor de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*; colección destinada a dar a conocer en ambos mundos las obras literarias de nuestros ingenios; a reimprimir libros escasos o rarísimos; a publicar otros nuevos; a sintetizar nuestra actividad intelectual en todos los ramos del saber humano, durante las ocho décadas transcurridas desde la consumación de nuestra independencia política.

Parécenos inútil encomiar esta empresa, tan noble y valerosamente acometida por el Sr. Lic. don Victoriano Agüeros, y —sin duda alguna—, merecedora del favor público y de la protección leal y franca de un gobierno ilustrado, ajeno a prejuicios de partido y a mezquindades de bandería.

En esta *Biblioteca* podrá hallar quien aspire a informarse de nuestra literatura muchos libros que, sin los esfuerzos de tan desinteresado editor, permanecerían en el olvido, ignorados de la generación actual; libros de los cuales no se tiene noticia en las librerías: conservados por uno que otro amante de las cosas de la tierra; rarísimos en las bibliotecas públicas; por caso raro anotados en catálogos y monografías bibliográficas, y de tan difícil adquisición que parecería cosa rayana en lo imposible hacerse con un solo ejemplar.

Gracias al señor Agüeros, tenemos hoy a mano el teatro de Goros-

tiza, lustre y regocijo de la escena española y de la nuestra; un volumen de don José Bernardo Couto (gloria purísima de Orizaba), sabio eminente, de quien se ha dicho que en su tiempo fué el primer hombre de letras de la América latina, después de Andrés Bello, y cuya famosa defensa del General Reyes sigue siendo perdurable monumento de castiza elocución y de finísima dialéctica; las obras de don José Fernando Ramírez, desconocidas para tantas personas, y los numerosos e incomparables trabajos del inolvidable García Icazbalceta, indagador concienzudo e ilustrador maravilloso de nuestro siglo XVI.

Mas en esta compilación debían tener cabida, asimismo, obras de escritores contemporáneos, no sólo de aquellos que en la capital de la República brillan y florecen, sino de otros muchos que en diversas y distantes regiones del país han cooperado, activos e incansables, al desarrollo de nuestra cultura, y de los que, al presente, van siendo, por decirlo así, creadores de la literatura regional.

De tales ingenios tenemos ya en esta *Biblioteca* algo del Sr. Lic. don Joaquín Baranda, en cuyos escritos corren apareadas con la delicadeza y la nitidez del estilo la intención y la profundidad; los donosos cuentos de don José María Roa Bárcena, el intachable periodista de agitados tiempos, crítico perspicuo, galano poeta e historiador sereno e imparcial de nuestra gloriosa guerra con los Estados Unidos; y una preciosa novela regional, *La Parcela*, del Sr. Lic. don José López Portillo y Rojas; libro encantador, sin precedente en nuestros anales literarios, cuadro interesantísimo de la vida rústica, opulento de luz, de color y de movimiento, hecho según la expresión de un amante de toda belleza artística ¹, *muy adentro de nuestra propia vida*.

¡Qué mucho que también tengan sitio en esta larga serie de tomos, las obras de un modesto y sabio maestro, de un jurisconsulto distinguidísimo, a quien buena parte de la juventud veracruzana debe profundo cariño, discreto estímulo, nobles ejemplos y atinada fructífera doctrina.

El Sr. Lic. don Silvestre Moreno, hijo del Sr. Lic. don José Manuel Moreno y Cora y de la Sra. doña Manuela Castillo, ambos de muy

¹ El poeta D. Jesús E. Valenzuela.

antiguas y muy distinguidas familias de Orizaba, nació el 31 de Diciembre del año de 1837 en la ciudad de México², donde a la sazón residía su familia, con motivo de que el Sr. don Manuel ocupaba un asiento en el Senado de la República, durante la administración del Presidente don Anastasio Bustamante; alto puesto a que había sido elevado por su respetabilidad e inteligencia y por la proverbial honradez con que se había distinguido en el empleo de Secretario del Ayuntamiento de Orizaba, en el cargo de Diputado a la H. Legislatura veracruzana y en el ejercicio de su profesión como notario y abogado.

No puedo fijar con certeza la época en que nuestro don Silvestre, niño aún, volvió a Orizaba³, la pacífica y ya próspera ciudad. Supongo que tal regreso sería ocasionado por el término del período legislativo para el cual había sido electo el Sr. Moreno Cora; pero me ocurre pensar que fué debido a cambios políticos, antaño tan rápidos

² Sello tercero.—Dos reales.—Para los años de mil ochocientos treinta y ocho y mil ochocientos treinta y nueve.—El Dr. D. Manuel Ignacio de la Orta, Cura propio de la Parroquia de San Sebastián, de México, certifico que en el libro núm. 17 en que se asentaron las partidas de bautismo de los hijos legítimos de los fieles de la expresada, el cual comenzó en veinte y dos de Julio de mil ochocientos treinta y cinco y concluyó en diez y ocho de Febrero del presente año de mil ochocientos treinta y ocho, a la foja 172 se encuentra una que a la letra es como sigue: “En esta Parroquia de San Sebastián de México a primero de Enero de mil ochocientos treinta y ocho; yo el Sr. D. Pedro Verdugo (V. P.) bauticé solemnemente y puse los santos óleos a un infante que nació el treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos treinta y siete y le puse por nombre *Silvestre, Manuel*, José, Juan Nepomuceno, de la Santísima Trinidad, hijo de legítimo matrimonio del Sr. Senador Lic. D. Manuel Moreno Cora, y de la Sra. Da. María Manuela Castillo, nieto en línea paterna de D. José Mariano Moreno, y de Da. Ana Josefa de Cora, y por la materna, de D. José Antonio Castillo y de Da. María Josefa Roldán. Fueron sus padrinos el Sr. Diputado teniente coronel D. José Ramón Malo y la Sra. Da. Luisa Moreno y Alvarez, quienes quedan advertidos de su obligación y parentesco espiritual, y en testimonio de verdad lo firmé con el Señor Cura”.—D. Manuel Ignacio de la Orta.—L. Pedro Verdugo.

La cual partida está fiel y legalmente copiada, concuerda con su original del libro y foja a que me remito.—Parroquia de San Sebastián de México y Mayo siete de mil ochocientos treinta y ocho.—Dr. Manuel Ignacio de la Orta.

³ Según parece fué por el año de 1841 ó 42.

como frecuentes, y cuyas consecuencias resentían penosamente las personas que, sin grandes bienes de fortuna, eran llamadas a ocupar un puesto en la política o en la administración, y del cual, a las veces, tenían que separarse de pronto, viéndose obligadas a acogerse al terruño nativo.

El Sr. Moreno no era rico⁴; entiendo que ni siquiera logró gozar de la dulce mediocridad cantada por el poeta, y tengo para mí que, a pesar de la modestia de su vida, sin brillo ni lujos, como la de todas las familias orizabeñas de aquel entonces, (por mucho que fuesen distinguidas y hasta ilustres), necesitaba contar de diario con el producto de sus tareas profesionales, que en ese tiempo y en tal ciudad no podían ser, ni para el más laborioso, origen de considerable patrimonio.

Muerto el buen caballero en julio de 1850, debió ser muy difícil la situación de la familia, y cortísimos los recursos con que la viuda hubo de contar para las atenciones de aquel hogar entristecido y para subvenir a la educación de los dos únicos hijos que le quedaron. Yo, que conocí a personas y familias de aquella época, puedo imaginarme, seguro de acierto, qué suma de bondad y de abnegación prodigarían a los dos niños las personas de tan honorable familia.

Estuvo a punto de verse destinado nuestro don Silvestre a los trabajos mercantiles, con esperanza de que en el comercio tuviera lucros, y en breve tiempo pudiese prestar eficaz auxilio a su familia. Y para el efecto se tenía ya solicitado el lugar que había de ocupar en una casa de comercio y se habían preparado los modestos utensilios de uso

⁴ Se trató primero por el señor Presidente y capitulares de que con arreglo al art. 33 de la Constitución se procediese al nombramiento de Secretario y habiéndose acordado de que fuese por votación secreta para la mayor libertad en el votar, el mismo Señor Presidente recibió los votos de todos, por los que salió reelecto D. José Manuel Moreno Cora, quien después de haber dado las debidas gracias, expresó que el sueldo que le estaba asignado anteriormente no era equivalente al trabajo que impendía en el despacho de los asuntos del Ilustre Ayuntamiento, y mucho menos ahora que se le recargaba con motivo de la constitución nuevamente publicada, a lo que se le contestó que se tendría en consideración lo alegado para aumentarle el sueldo.

Libro de Actas del Cabildo de Orizaba.—Acta de la sesión celebrada el 26 de Junio de 1820.

personal que a ella debía llevar; pero estaba dispuesto que todo había de suceder de distinta manera, y que el mozuelo en vez de pasar los años ocupado en las faenas de una tienda para labrarse una fortuna, entrara en aulas y vistiera toga, y tomara asiento en academias y en el más alto tribunal de la República.

Tal cambio de propósitos en la familia provino de cierto examen, en el cual el futuro mercader dió patente muestra de su clara inteligencia y de su *expedición*, como se decía entonces en las escuelas; examen a que concurrieron con el carácter de maestros y de examinadores varios amigos de la familia, ilustrados, a no dudarlo, y finos observadores, y que vino a cambiar todos los planes domésticos. Algunos de aquéllos, satisfechos del examen del chico, aconsejaron que no le separaran del Colegio y que le dedicasen a los estudios. Y así se hizo.

De fijo que varios de los que dieron tal consejo pudieron después felicitarse de ello, cuando corridos los años vieron al mozo muy afamado en aulas y señaladísimo entre los alumnos más distinguidos del *Colegio Nacional de Orizaba*, el primero y el más antiguo del Estado, el único durante mucho tiempo, y tan fecundo en ingenios y en maestros de muchas diversas disciplinas. En él han leído ciencias catedráticos eminentes como Tornel, del Llano, Gutiérrez, Villanueva, los dos López (don Clemente y don Alberto), Carrillo (don Francisco), Moreno, (don Aniceto) Sumichrast, y Bottery, ambos insignes naturalistas; el último políglota extraordinario y poseedor de toda clase de conocimientos; de allí salieron jurisconsultos como Elguero; políticos como la Llave; varones venerables por su virtud y su doctrina como Suárez Peredo, primer Obispo de Veracruz, y oradores sagrados —gloria del púlpito mexicano—, como Martínez Caballero y como Cueto (Francisco); el uno, en quien resplandecía la dulce elocuencia de Fenelón; oratoriense el otro, en quien flameaba y parecía conservarse siempre activo el fuego divino de Massillon. De seguro que los buenos examinadores del niño hubieron de felicitarse cuando más tarde le vieron ejercer su noble profesión con laboriosidad modesta e incansable, con honradez por nadie puesta en duda, y luego regentear habilísimamente, con general aplauso y éxito envidiable, y rico en prudencia y en saberes, aquel mismo Colegio en que había hecho tan brillante carrera.

Aquí sería oportuno, aunque fuese a grandes rasgos, trazar la historia del Colegio Nacional, con objeto de apreciar debidamente la obra de nuestro don Silvestre en dicho establecimiento, durante las dos épocas en que le tuvo bajo su sabia dirección⁵; pero no lo permite la brevedad de estas noticias, destinadas a ser como a manera de breve introducción a los discursos y artículos contenidos en este volumen.

Recibió el Sr. Moreno el título de abogado el año de 1861 en la ciudad de Veracruz, de donde regresó inmediatamente a su tierra natal. De fijo que en los exámenes sustentados en cumplimiento de la ley, daría patentes pruebas de su claro talento y de su amplia y sólida doctrina; así debemos suponerlo en vista de la estimación en que desde entonces fué tenido por los principales jurisconsultos del Estado, para quienes fueron y han sido siempre respetables los juicios y opiniones de nuestro biografiado a quien frecuentemente han consultado sobre diversos puntos, como lo hizo el Sr. Lic. don Fernando de Jesús Corona —insigne criminalista—, antes de presentar al Gobierno del Estado los Códigos promulgados en el año de 1868. Quede a otro, perito en tales materias, y que esté o haya estado en condiciones propicias para ello, el juzgar al Sr. Moreno como jurisconsulto, y estimar y aquilatar el mérito de sus labores en la formación y revisión de los Códigos actualmente vigentes en el Estado de Veracruz. Limitarémonos a consignar, de paso, que en éstos trabajó con suma actividad y diligencia⁶, y que en el curso de su carrera tuvo por maestros al Sr. Lic.

⁵ Fué fundado a solicitud del clero de Orizaba, y particularmente del Sr. Presbítero Lic. D. José Miguel Sánchez Oropeza, el 17 de marzo de 1825, por orden de la Legislatura del Estado, de 12 de octubre de 1824.—Orizaba fué designada por las Cortes de Madrid, como una de las poblaciones en que deberían fundarse las Universidades de Méjico, a promoción del Sr. Dr. D. José María Couto e Ibea, diputado por la Villa de Orizaba y canónigo de la Catedral de Valladolid. Queda hecha, y muy cumplidamente, la historia del Colegio, por el autor de los escritos contenidos en este libro. *Vid*: “Noticias Históricas acerca de la fundación y vicisitudes de el ‘Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba, por Silvestre Moreno’, en el ‘Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza’”, Orizaba.—Año de 1845.—Tipografía del Hospicio.

⁶ *Vid*. “Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Veracruz”, de 8 de Octubre de 1896, Sesión de la H. Legislatura de 8 de Agosto del año citado.

don Domingo Ravelo y al Sr. Doctor don José Julián Tornel y Mendivil⁷, y que hizo la práctica al lado del Sr. Lic. don Ramón María Seoane, jurisconsulto muy renombrado y distinguido. Nosotros nos detendremos a considerar al Sr. Moreno en su obra docente como rector del tantas veces mencionado Colegio, y en la apreciación de sus méritos literarios, que son tantos, que apenas dan corta idea de ellos los escritos suyos coleccionados en este volumen de la "*Biblioteca de Autores Mexicanos*".

Todavía mozo dedicó el Sr. Moreno al magisterio buena parte del tiempo que los estudios profesionales le dejaban libre, y muy oportunamente, en la mejor sazón, ingresó en el Cuerpo de Profesores del Colegio Nacional (en 1857), durante el fecundo e inolvidable rectorado del Sr. don Alberto López, a quien debe tal establecimiento el esplendor con que ha brillado en épocas recientes. El Sr. López, persona de muy sólida y profunda instrucción, de cultura exquisita, de altas miras y de corazón hidalgo, recibióse de la dirección del Colegio al triunfar la revolución de Ayutla, y desde luego, con prudencia suma y fino tacto, atacó en su raíz toda rutina; destruyó usos inveterados y viciosos; dió vida nueva a todo, y puso el Colegio en vía segura de prosperidad y de adelanto, para que más tarde correspondiera a las necesidades y exigencias de los actuales tiempos. Abrió clases nuevas; inició la enseñanza de ciencias que sólo de nombre eran conocidas entre nosotros; introdujo nuevos métodos de enseñanza, y con su ejemplo, con sus consejos y con su doctrina, no menos que con la alteza de su carácter, vigorizó el ánimo de sus compañeros de trabajo, y, como era natural, buscó para colaboradores suyos en tal obra personas hábiles y jóvenes. De ellas fué nuestro don Silvestre, quien entonces tomó asiento en la cátedra de Filosofía, la cual le fué concedida por oposición, teniendo en cuenta sus aptitudes y especiales estudios. Hemos dicho que el Colegio Nacional debió y debe al Sr. López la cultura con que brilló

⁷ *Vid.* "Noticias Biográficas del Sr. Dr. D. José Julián Tornel y Mendivil, Catedrático de Jurisprudencia en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba", por Silvestre Moreno, publicadas en el "Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza".—1886.

más tarde; debemos agregar que, como consecuencia de esto, la ciudad de Orizaba le debe también toda su moderna ilustración. Tales deudas —preciso es decirlo—, no están aún debidamente pagadas con la formación de un *square*, que lleva su nombre, y la erección en él de un monumento mezquino, casi ridículo, primeramente dedicado a otro objeto.

Del rectorado del Sr. López data la vida moderna del Colegio, el cual, merced a sus empeños, dejó la rutina seminarista, y lo que era peor, la rutina seminarista despojada ya de su vigoroso carácter escolástico, para entrar de lleno por los senderos de la enseñanza contemporánea.

Tuvo el Sr. López en su discípulo el Sr. Moreno un eficaz colaborador, un heredero de sus nobles miras, quien pasados algunos años había de levantar muy alto el crédito del establecimiento y contribuir eficazmente al progreso de la instrucción pública en el Estado de Veracruz.

Dos veces ocupó el Sr. Moreno las clases de Filosofía: en el año de 1857 y en los de 1863 y 64; dos veces ha estado al frente del Colegio. Durante su primer rectorado, que comprende el período transcurrido desde enero de 1868 a diciembre de 1873, fué convocado por el Gobierno del Estado un Congreso de Profesores que se reunió en Jalapa, durante la administración del Sr. don Francisco de Landero y Cos, para formar, con el concurso de los delegados de todos los colegios preparatorios del Estado, un proyecto de Ley Orgánica de Instrucción Pública, ley que fué sancionada y expedida el 1º de agosto de 1873.

En esa obra colaboró activamente nuestro biografiado, y puede decirse que casi toda la ley es obra suya, pues su proyecto y sus indicaciones prevalecieron siempre hasta recibir la aprobación de la H. Legislatura y la sanción del Poder Ejecutivo. He aquí lo que acerca de dicha ley dice un escritor cuyo testimonio no será sospechoso para nadie:

“No es posible, ni por el carácter de este informe ni por su extensión hacer en él un análisis de la ley y programa de la instrucción pública en el Estado de Veracruz. Baste decir que tanto una como otro están concebidos bajo los principios más progresistas, y según las pres-

cripciones de la ciencia; puede afirmarse que son unas de las mejores disposiciones de este género que hay en la República, y que si su formación honra a los profesores que hicieron este notable trabajo, con la sanción que les dieron los poderes del Estado han hecho éstos un verdadero servicio tanto a aquellos pueblos como a la causa de la civilización”⁸.

Motivos que no es del caso referir determinaron la separación del Sr. Moreno del rectorado del Colegio, en los últimos días del año de 1873 y no hay para qué decir si su separación fué sentida por los profesores, algunos de ellos jóvenes, que a su lado se habían formado, y todos amigos suyos, testigos de su celo, de su desinterés y de sus afanes por el bien del Colegio⁹; y de los alumnos, a quienes veía como miembros de su propia familia, y entre los cuales se encontraba el autor de estas líneas.

El Colegio, por los trastornos que sufrió con la ausencia del Sr. Moreno, y más que todo por lo que ocasionó la guerra civil que en aquella época se propagó por toda la República, vino muy a menos a pesar de los nobles esfuerzos de la persona encargada de dirigirle, y de los antiguos y de los nuevos profesores, entre los cuales se contaban el Sr. don Juan Zenón González, decano probablemente de los empleados en el ramo de Instrucción Pública en el Estado, y con toda seguridad el más antiguo de los de Orizaba; y entre los segundos don Justo P. González, hábil y meritísimo maestro, y modesto y tierno poeta, cuyos juicios literarios han sido vistos con respeto por todos los que le han conocido, y el autor de estos *Apuntes*, que por primera vez entró a

⁸ “La Instrucción Pública en México”, por José Díaz Covarrubias.—México.—Imprenta del Gobierno.—1873.

Sobre los antecedentes de esta ley puede verse la Memoria del Gobierno del Estado de Veracruz de 1873, en la cual se encuentran insertas las actas del Congreso Pedagógico del cual fué Presidente, por elección de sus colegas, el señor Moreno.

⁹ Los sueldos de los servidores del Colegio, estaban por aquel entonces tan mal pagados que se dió el caso de que en un año sólo les hubieran dado, a prorrata, cantidades equivalentes a la tercera parte del sueldo anual que disfrutaban.

regentar la cátedra de Historia y Geografía, como substituto del Sr. Dr. don Ismael Talavera, hijo también, y muy distinguido, del Colegio de Orizaba.

Por duras pruebas hubieron de pasar en aquellos días los que con tanto desinterés como decidido afán se empeñaban en sostener el buen nombre y el antiguo crédito del Colegio, el cual, según se decía, no era visto con buenos ojos, por el Gobierno del Estado, deseoso de favorecer los adelantos del que recientemente había fundado en Córdoba.

Si a esto se añaden las perturbaciones que tenía que causar el estado de guerra en que se encontraba la nación, se comprenderán fácilmente las escaseces que tenían que sufrir el Rector y los Profesores, cuyos sueldos eran tan mezquinos, que habiéndose solicitado el pago de la nómina correspondiente a un mes, cuando se había ya declarado el estado de sitio y se encontraba al frente del Gobierno y de la Comandancia Militar de Veracruz el General don Marcos Carrillo, ordenó éste que se librara orden de pago por todo su importe, creyendo, equivocadamente, que sólo comprendía el medio sueldo que se pretendía pagar a los empleados.

El Sr. Moreno, durante su separación del Colegio, después de haber desempeñado una o dos cátedras en el Colegio de Córdoba, muy transitoriamente, por súplica del Sr. Lic. don José María Mena, Gobernador del Estado en aquella época, fué a ocupar, por elección popular, un puesto con el carácter de fiscal en el Tribunal Superior de Justicia del Estado, residente en Jalapa.

El triunfo de la revolución de Tuxtepec cambió el curso de los acontecimientos, y el Sr. Moreno, que en las nuevas elecciones volvió a salir electo Magistrado del mismo Tribunal y a quien se le ofrecieron otros empleos importantes, que rehusó porque siempre ha esquivado los empleos públicos, volvió a su ciudad natal en el año de 1875.

El Sr. General don Luis Mier y Terán tan luego como tomó posesión del Gobierno del Estado, mostró el más decidido empeño en que el Sr. Moreno volviera a hacerse cargo de la dirección del Colegio de Orizaba; pero él lo rehusó, manifestando con insistencia que nunca entraría a desempeñar un empleo que estuviere confiado a otra persona.

El fallecimiento del Sr. Dr. don Ignacio Orozco, cuyo elogio fú-

nebre pronunció el Sr. Moreno, después de haber pronunciado un año antes el del Sr. Bottery, uno de los más distinguidos profesores del Colegio, abrió de nuevo a nuestro don Silvestre en agosto de 1878, las puertas de este establecimiento, donde había pasado casi toda su vida, primero como alumno, después como catedrático y como rector. La opinión pública, el amor de sus discípulos, el cariño de sus compañeros le llamaban a él.

El Sr. Moreno no volvió a ocupar la clase de Filosofía. Enseñó Jurisprudencia¹⁰ y Literatura; pero podemos decirlo con toda verdad, sentóse con brillo en todas las cátedras, ora substituyendo a los catedráticos, ora ayudando a los alumnos en horas extraordinarias, cuando creía necesarias para ellos mayor número de explicaciones y frecuentes horas de práctica y ejercicio.

Siempre los alumnos contaron con su auxilio en todo estudio, por modesto que fuese, y no era raro verle, después de las horas de trabajo, prescritas por el Reglamento, dedicado en este sitio apartado, a resolver con sus discípulos (que todos los alumnos lo eran suyos), difíciles problemas matemáticos, o traduciendo largos trozos de los poetas, de los oradores y de los historiadores latinos. Y todo esto, hecho sin vanos alardes de matemático, y sin humos de humanista, sencillito siempre, siempre modesto y al parecer poco seguro de su erudición y de su ciencia.

Nosotros que nos enorgullecemos y siempre nos preciamos de haber recibido enseñanza de tan amable profesor, jamás olvidaremos el ahinco con que favorecía en los alumnos toda idea generosa, toda afición al estudio de cualquiera materia, poniendo a disposición del alumno su saber, su tiempo y los libros más valiosos de su numerosa biblioteca, que es, sin duda alguna, la más rica y selecta de las bibliotecas particulares del Estado de Veracruz.

¡Qué mucho que jurisconsulto tan eminente, maestro tan sabio y tan hábil para comunicar a sus alumnos el tesoro de sus conocimien-

¹⁰ Esta cátedra fué siempre desempeñada por él gratuitamente y no fué dotada sino hasta su separación del Colegio.

tos haya sido llamado en muchas ocasiones a ocupar los puestos más distinguidos!

Orizaba ha visto siempre al Sr. Moreno asociado a toda empresa generosa, celoso como el que más del adelanto y del engrandecimiento de la ciudad, que le respeta como hijo suyo, que con justo título le tiene por tal por mucho que en ella no haya visto la primera luz. Individuo del H. Ayuntamiento en diversas ocasiones y bajo el imperio de todos los partidos, a él tocó presentar dictamen, en el Cabildo cuando el malogrado Arróniz, hijo, solicitó del Consejo le fuesen franqueados los archivos del Municipio para escribir la "Historia de Orizaba", y acaso, merced a tal dictamen, en todo favorable a su amigo el futuro historiador, a pesar de la juventud de éste y de ciertos menosprecios provinciales, siempre activos en contra de quien aspira a elevarse sobre el nivel vulgar, la I. Corporación estuvo propicia y concedió lo que con tan noble propósito se le pedía ¹¹.

En muchos periódicos de Orizaba, en distintas épocas, colaboró el Sr. Moreno, distinguiéndose en todas ocasiones por la corrección de su estilo y por la serenidad e imparcialidad de sus juicios. Sus ideas y sus opiniones —como las de todo hombre sabio— no siempre habrán dejado satisfechos a los opuestos bandos políticos, contendientes ardorosos en las luchas religiosas y sociales; pero siempre tales ideas y tales opiniones han sido informadas por una sana filosofía, por una ilustración poco común y por un convencimiento firmísimo.

¹¹ El propósito formado por el Sr. Arróniz de escribir una historia de Orizaba nació en una "Academia de Literatura" de carácter privado, de la cual fué presidente, por elección de sus consocios, el Sr. Moreno. De ella formaban parte, además del Sr. Arróniz ya citado, los Sres. Peón y Contreras, vecino de Orizaba, en aquella época, y tan ventajosamente conocido después en la República de las Letras; Rincón, poeta igualmente estimable; Jiménez, autor de unos Pensamientos Filosóficos, y de varias obras didácticas; Orozco, Ariza y Huerta y algunas otras personas aficionadas a este género de estudios.

El Sr. Moreno comunicó después muchos datos y noticias al Sr. Naredo, autor de un Estudio Geográfico, Histórico y Estadístico del Cantón y de la Ciudad de Orizaba, publicado recientemente, y le facilitó, por las influencias que tenía como Secretario de Gobierno, la publicación de esta obra, que sin su auxilio, tal vez no hubiera visto la luz pública por falta de recursos de su autor.

Miembro de varias sociedades literarias allá en los alegres años de la mocedad, señalóse en ellas por la seriedad de sus estudios, por lo severo de sus apreciaciones y por su amor al Arte en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Tenemos entendido que por los años de 1869 ó 1870 fué nombrado miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística. Al presente lo es de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, Correspondiente de la Real de Madrid, Individuo Correspondiente de la Academia Mejicana de la Lengua, y de alguna otra fundada recientemente en el Estado de Veracruz.

Pero sin duda alguna, que de todas las asociaciones que le han contado en su seno, ninguna más querida para él que la Sociedad "*Sánchez Oropeza*", fundada por solicitud suya en el Colegio Preparatorio de Orizaba, en memoria de su benemérito fundador, y la cual, durante años, fué el centro intelectual de lo más culto de la Sociedad Orizabeña. Veladas periódicas, en las cuales se congregaba lo más granado y florido de nuestra juventud, proporcionaban a los amantes de las letras gratas horas de entretenimiento y de plácido, instructivo, solaz. En ellas no dejaba de escucharse nunca la sabia palabra del Maestro, y el *Boletín* de tal asociación registra en sus páginas buena parte de la labor literaria del Sr. Moreno, quien, a pesar de las atenciones de su profesión, y de las tareas escolares, tenía tiempo de escribir ya para el periódico, ya con destino a las veladas.

Para el Sr. Moreno es el trabajo literario ameno y grato pasatiempo, y la lectura diaria, constante, ineludible, una verdadera necesidad. Desde joven adquirió el hábito de consignar en cuadernos sus juicios e impresiones acerca de las obras que lee, y serían voluminosos, si se imprimieran, sus escritos acerca de las literaturas antiguas y modernas, lo cual no ha sido parte a impedirle la traducción de muchos libros para su uso particular, la enseñanza de sus hijas, que no quiso confiar a maestro alguno; los trabajos profesionales y docentes, y entre éstos un curso de Derecho, del cual se hacen lenguas sus discípulos, curso dado por los años de 1868, 1869, 1870 y 1871.

Con su presencia siempre echada de menos, con su afán nunca olvidado, con su diligencia no debilitada, tornó al Colegio la anima-

ción y con ésta la actividad y el entusiasmo que había caracterizado otra vez las tareas escolares de la tantas veces mencionada Escuela.

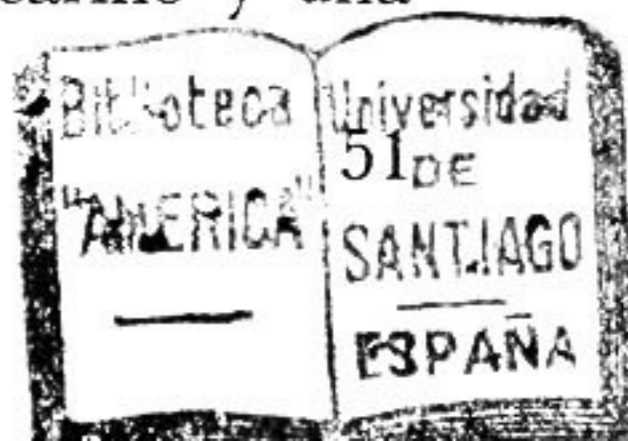
Si en la primera época del rectorado del Sr. Moreno fuimos sus discípulos, en la segunda tuvimos el gusto de ser, bajo su sabia dirección, colaboradores suyos en la noble empresa de hacer del Colegio una Escuela digna de la Ciudad, del Estado y de la República; de manera que estamos en las mejores condiciones para estimar y apreciar los servicios que tiene prestados a la juventud veracruzana. Nosotros le hemos visto día a día, en el largo período de más de diez y seis años, en el interior de aquel Colegio, centro por decirlo así de su vida intelectual, dirigiéndolo todo, atento a todo, desde la parte económica de él, hasta las juntas académicas; informándose del menor incidente; siguiendo al alumno en todos sus pasos, lo mismo en su vida escolar que en su vida doméstica; compartiendo sus penas y sus alegrías, amándole como padre y como amigo, apartándole de malos senderos, reanimando su ánimo desfallecido, robusteciendo su espíritu con sabios consejos y estimulándole a seguir por el buen camino, para bien de su familia y de su patria. Nosotros le hemos visto durante todo ese tiempo en aquellas aulas llenas de tan dulces memorias para quien en ellas ha pasado los mejores años de la vida, estudiar todos los días, sin descanso ni tregua, confundido con sus discípulos, siempre modesto, siempre seguro de no saber nada y siempre ansioso de saber. Consignemos aquí, porque es de justicia el hacerlo, que el Sr. Moreno, siempre al tanto de los progresos científicos y del movimiento literario del mundo, al hacerse cargo de la rectoría del Colegio en el año de 1868, rehizo todos sus estudios y emprendió otros nuevos, exigidos por la cultura contemporánea, a fin de poder suplir, en caso necesario, sin vacilación y sin temer el mal juicio de los estudiantes, a cualquiera de los profesores del Colegio. ¡Ejemplo digno de ser imitado por cuantos sean llamados a dirigir tal clase de establecimientos! Nada puede tanto en los niños y en los jóvenes como el ejemplo. El profesor que no ama apasionadamente la materia cuya enseñanza le está confiada no será jamás un buen maestro, y nunca sacará buenos discípulos, ni despertará en ellos ese amor invencible al estudio, que imprime carácter, y que produce y producirá indefectiblemente grandes maestros, así de ciencias como de letras.

Gusta en extremo el Sr. Moreno de la literatura francesa, y ha tenido singular predilección por aquellas pléyades de artistas, poetas, dramaturgos, oradores y filósofos hijos del romanticismo, lo cual no ha sido parte a alejarle de la lectura de todos los escritores de las últimas décadas.

Pero si ha tenido una verdadera pasión por la bella literatura, y no ha desdeñado la lectura atenta y reposada de los escritores contemporáneos, puede afirmarse que los estudios serios han sido para él, objeto de particular predilección. Todos los problemas religiosos, filosóficos y sociales que hoy conmueven el mundo intelectual le han proporcionado motivo de serias y detenidas meditaciones, de las cuales su alma naturalmente inclinada al bien y siempre dispuesta a recibir inspiraciones generosas, se aparta algunas veces triste y desalentada, pero más frecuentemente animosa y resuelta a seguir con paso firme por el camino de la verdad, alumbrada por una esperanza indeficiente.

De aquí procede el carácter profundo, serio, algunas veces amargamente triste y desconsolador, pero más a menudo entusiasta y ardoroso de sus escritos. Si pudiéramos decir en pocas palabras nuestro juicio acerca de ellos diríamos sencillamente que habiendo vivido siempre su autor en medio de la juventud, ha continuado siendo joven a pesar de los años, contándose entre las cualidades y las imperfecciones de sus obras literarias las mismas imperfecciones y las mismas cualidades que se notan en las obras de la juventud: el mismo entusiasmo para todo lo que es noble y generoso; el mismo deseo de hacer el bien, así como los mismos desfallecimientos, los mismos desencantos, la misma impetuosidad, y tal vez algo de irreflexión; todo esto templado por la indulgencia que dan los años y el espíritu de moderación y tolerancia, que es una de las cualidades que inspira la verdadera sabiduría.

Mas ¡a qué hablar de los artículos y discursos contenidos en este tomo! Léalo quien le tiene en las manos, y diga y piense de él cuanto le plazca, que no seremos nosotros quienes tratemos de imponerle nuestro criterio y nuestras opiniones, acaso parciales e indulgentes en fuerza del afecto que a su autor profesamos como compañeros y amigos, y del respeto profundo que nos inspira un maestro a quien debemos no sólo enseñanza, aliento y doctrina, sino algo más: un cariño y una



benevolencia inolvidables y en quien nos complacemos en encontrar perfectamente aunadas las más altas dotes de la inteligencia con las más nobles prendas del corazón.

A fines del año de 1894 dejó el Sr. Moreno la dirección de su amado Colegio para ir a encargarse, en la ciudad de Jalapa, de la Secretaría del Gobierno del Estado, llamado a tal puesto por un patricio cuya obra administrativa ocupará en la historia de Veracruz páginas brillantes; y de allí salió para tomar asiento en el más alto de los tribunales de la República, en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, al lado de los Zamacona y de los Sierra, y al cual ha llevado el concurso de su saber indiscutible y de su intachable probidad.

Orizaba, a 10 de septiembre de 1900.

DR. JOSE MARIA SAINZ HEROSA

Nació en Córdoba, el 3 de abril de 1815. Fué hijo de don Juan Sáinz, natural de Ramales en las Montañas de Santander, y de doña Dolores Herosa. Por los años de 1832 y 1833 estudió la lengua latina en Puebla, en un colegio particular, en el cual tuvo por maestro de tal asignatura al presbítero don Pablo Villegas. Previo el examen de reglamento pasó a estudiar Filosofía al Seminario Palafoxiano, en la clase de pensionistas. En los tres exámenes que sustentó de las materias correspondientes a tal ciencia obtuvo las primeras calificaciones, mereció premios, arguyó en conferencias ordinarias y de honor, y concluidos esos estudios recibió el grado de bachiller en la Nacional y Pontificia Universidad de Méjico.

Vuelto al Palafoxiano estudió derecho Canónico desde el 16 de julio de 1837 hasta el 16 de septiembre de 1839, bajo el Magisterio de don Vicente de las Cajigas; Derecho Civil desde el 17 de agosto de 1837 hasta igual fecha de 1839, bajo la sabia dirección del señor licenciado don Manuel Ladrón de Guevara, más tarde obispo de Chiapas. En la primera materia se le adjudicó el premio de libros, por haber dispuesto la Mesa de Exámenes que se diese por suerte el acto de aquel año, y ésta favoreció a su competidor; en la segunda materia obtuvo el acto de Estatuto. En 1838 no sustentó el acto de Cánones por haber entrado a formar parte de la familia del Ecxmo. e Illmo. Sr. Vásquez, obispo de la Diócesis, sacerdote ejemplar, insigne prelado, gran patriota y notabilísimo diplomático, varón singular, frecuentemente difamado por historiadores mal informados y sectarios calumniadores. En la familia del Sr. Vásquez tuvo Sáinz Herosa por compañero a don Sebastián Lerdo de Tejada, que años después fué Presidente de la

República, y con quien siempre mantuvo nuestro biografiado grave y franca amistad. En el bufete del insigne jurisconsulto don José María Cuevas, uno de los más célebres abogados con que contaba entonces la Capital, hizo la pasantía, y vuelto a Puebla dió un curso de Derecho en el Seminario. En 1843 desempeñó al lado del Sr. Vásquez el cargo de Secretario de Visita, y en ese mismo año fué nombrado por su Prelado catedrático de Derecho Natural, de Gentes y Público en el mencionado Seminario, a poco de recibir el título de abogado en la ciudad de Puebla.

Un año antes, con dispensa de intersticios y de exámenes, recibió los órdenes sagrados del Illmo. Sr. Vásquez, y desde luego se ocupó en la administración de los sacramentos y en la predicación del Evangelio.

En noviembre de 1844 comenzó a prestar sus servicios como cura de almas. Durante su vida lo fué en Aljojuca, Huajuapán, Tlacotepec, Zacatelco, de la Parroquia del Santo Ángel (Puebla), del Valle de Santiago (Guanajuato) y de Coatepec, Veracruz y Orizaba (Diócesis de Veracruz). Sirvió también en Puebla el curato de Huejotzínco.

En 1850 fué nombrado rector del Colegio del Espíritu Santo, conocido en aquellos años por Carolino, cuyo adelanto procuró activamente en todos los ramos. Dió en él gratuitamente la clase de Derecho Canónico, estableció las cátedras de Historia y Literatura, y creó a sus expensas la de Lengua Inglesa. Por todo esto mereció particular distinción del Ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública.

En el obispado de Puebla fué consultor de la Fe, y en la misma Curia sirvió como abogado, siempre que se creyó conveniente ocuparle.

En 1851, habiendo cumplido con lo que prevenían los Estatutos de la Nacional y Pontificia Universidad de Méjico, recibió el grado de Doctor en Cánones. En el año siguiente fué electo diputado al Congreso General por el Estado de Puebla, en calidad de propietario, y como suplente por el de Veracruz.

Puesta en concurso la Canongía Doctoral de la Catedral de Puebla en 1852, cumplidos los correspondientes actos académicos, obtuvo el tercer lugar.

En los años siguientes fué Promotor del Arzobispado de Méjico,

Capellán de las religiosas capuchinas, y Doctoral de la Colegiata de Guadalupe. Ganó esta dignidad por oposición y fué el duodécimo que así la obtuvo.

En 1863 fué miembro de la Junta de Notables. En 1865 y 1866 viajó por Europa, Asia y Africa. Visitó España, Francia, Inglaterra, Austria e Italia. Peregrinó en los Santos Lugares, recorrió Egipto y visitó Constantinopla. Durante su estancia en Jerusalén se abrió la hospedería que el Emperador Maximiliano había establecido en la Ciudad Santa, para que en ella fuesen albergados los peregrinos mexicanos, y el Dr. Sáinz Herosa fué el primer mexicano que en dicha casa se hospedó, aunque sólo lo hizo por breves horas y únicamente por cortesía al infortunado Príncipe.

Hubo de regresar a la patria a mediados de 1865, para emigrar de ella, al aproximarse la caída del Imperio. Trasladóse a La Habana, donde acogido noble y merecidamente por el obispo de la Diócesis desempeñó el cargo de capellán de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús.

Vuelto al país en 1869 renunció la Canongía Doctoral de la Colegiata de Guadalupe, juró domicilio, y vino a establecerse al Estado de Veracruz.

Entonces desempeñó la cura de almas en Coatepec, Veracruz y Orizaba, como queda dicho. Entró a formar parte del Cabildo de Jalapa en febrero de 1875, y allí desempeñó en la Curia el cargo de provisor. De allí pasó al Cabildo de la Catedral de Puebla, como prebendado, fué capellán de la Concepción, y obtuvo por oposición la Doctoral Angelopolitana. A la muerte del Illmo. Sr. Vereá, le nombraron Vicario Capitular. Durante su brevísimo gobierno expidió una carta pastoral, para dar a conocer a sus diocesanos la importantísima encíclica de S. S. León XIII.

Falleció en Puebla el 11 de junio de 1885. Reposan sus restos en la Basílica Angelopolitana.

Fué persona doctísima, de prudencia ejemplar, de suma modestia y dotada de un gran don de gobierno.

Imprimió: *Sermón / pronunciado/ en la I. Colegiata/ de Ntra/ Señora de Guadalupe/ por el Señor/ Canónigo Doctoral de la Mis-*

ma,/ Doctor/ Don José María Sáinz Herosa,/ el día 12 de Diciembre/
de 1861./México,/—Imprenta Literaria./ C. del Seminario, Núm.
6./—1862.

Para hacer estos apuntes hemos tenido a la vista las Relaciones de méritos y servicios, presentadas por el Dr. Sáinz Herosa, para las oposiciones de que hemos hecho mención, noticias proporcionadas por alguno de sus parientes y datos que debemos a la bondad del Sr. Canónigo Don Vicente de P. Andrade.

CRONICA TEATRAL *

Hace algunos días, bellísimas lectoras, os dí una revista de salones: ahora voy a daros una crónica teatral.

En los últimos días de la semana anterior circularon en esta ciudad los anuncios de una función de beneficio: el maestro Paniagua ponía en escena su tan aplaudida "Catalina de Guisa".

Un entusiasmo nunca visto se notaba en nuestra sociedad, el distinguido compositor mexicano había nombrado para padrinos de su función de gracia a las personas más distinguidas de nuestra sociedad, a las no menos de Córdoba y de las familias veracruzanas que viven entre nosotros.

La llegada del día señalado para la función se esperaba con ansia, y una numerosa concurrencia asistía todas las noches a los ensayos de la partitura que se iba a poner en escena.

Llegó por fin el domingo; una multitud ávida de oír la música de Paniagua llenaba el teatro, era una función de gala, la más brillante función de la temporada. Casi todos los palcos de nuestro pobre teatro (cosa rara en Orizaba) estaban llenos: lo más selecto de nuestra sociedad y lo más granado de las familias veracruzanas los ocupaban; allí vimos a las señoritas Soto, Mendizábal, Argumedo, Carrau, Gómez, Vélez y otras. En el patio, lugar a donde concurren nuestras paisanas, a las señoritas Marrón, Peñasco, Oropeza; en fin para no hacer cansada esta crónica, a lo más escogido de la sociedad orizabeña. Sonó la hora señalada; el célebre compositor mexicano ocupó su lugar para dirigir la ejecución de su obra; la orquesta comenzó a preludiar

* Publicada el 17 de agosto de 1873.

la introducción de ella; un torrente de armonía se derramaba por el teatro; todos los corazones palpitaban emocionados y más de unos ojos se sentían humedecidos; terminó el primer acto, pero a pesar de aquel entusiasmo, el público, bellísimas lectoras, permaneció mudo. Comenzó el segundo, el aria encantadora del paje y varios trozos subsecuentes, arrobaron a la multitud que en su frialdad apenas aplaudía al autor y a la Srita. Lozada que desempeñaba aquel papel y que unía a una voz dulce y a una magnífica escuela, un lindísimo pie que encantaba a un joven poeta, amigo mío, quien olvidando la música celestial que lo fascinaba, se levantaba de su asiento para no perder de vista un solo instante aquel pie diminuto y atrevido, temiéndome yo que en su pedestre entusiasmo rompiera su silencio con ardientes y voluptuosos alejandrinos. Siguió el tercer acto con su rumbosa marcha y su grande aparato, que tanto halaga a nuestro pueblo y con bellísimos trozos que hicieron derramar muchísimas lágrimas al través de los lujosos abanicos. Terminó el acto, pero ¡¡ay!! la misma frialdad que en el segundo. Iba a comenzar el tercero: el Sr. Paniagua se hallaba ya en su asiento respectivo, cuando el inspirado joven Don Rafael Delgado se acercó a él y lo condujo al palco escénico. Se alzó el telón, y al aparecer en el foro, la orquesta dejó oír el Himno Nacional; nuestro joven amigo iba a premiar el arte, iba a ceñir aquella frente donde brillan las escarchas de la edad como una ofrenda de admiración y simpatía: cesaron las armonías del himno y el joven poeta leyó las bellísimas estrofas que en seguida copio, para que podáis formar juicio acerca de ellas:

*Salve, mexicano artista,
que sin artista llamarte,
vas por la senda del arte
do la gloria se conquista;
el poeta, pobre artista,
que arrebató el aquilón,
lleno de santa emoción
hoy alza en tu honor su canto,
himno impregnado de llanto
que brota del corazón.*

*Tú escribes del arroyuelo
el dulcísimo murmullo,
de la tórtola el arrullo,
de la alondra el ritornelo;
el ruido que al ir al Cielo
hace el ángel misterioso;
y del himno tempestuoso
de la mar enfurecida,
la voz que lleva perdida
el huracán proceloso.*

*No con vil adulación
ahora mi lira resuena,
sino que los aires llena
con voces de admiración;
y en sonora vibración
y con eco prepotente,
que vuela de gente en gente,
dice al ver tus glorias tantas:
no hay flores para tus plantas,
ni estrellas para tu frente.*

*Hoy que entre nubes de gloria
te contemplamos, Maestro,
es débil acento el nuestro
para cantar tu victoria;
no obstante, como memoria
de mi afecto siempre fiel,
hoy que te aplaude en tropel
esta multitud inquieta,
te ofrece el pobre poeta
estas hojas de laurel.*

Terminada la lectura de estos versos, el poeta ornó las sienes del maestro con los lauros del triunfo.

El poeta intercaló en esos momentos otro verso a su última estrofa, reprochando a esa multitud inquieta su silencio; el remedio fué eficaz: el entusiasmo estalló en bravos, vivas y en aplausos, los que acompañó la orquesta con una entusiasta diana. El maestro, trémulo por la emoción con la frente modestamente inclinada, dirigió al público algunas palabras y de nuevo fué aplaudido; muchos jóvenes arrojaron sus sombreros a los pies del artista, gloria y orgullo de nuestra patria.

Todos esperábamos que los padrinos nombrados por el beneficiado le hicieran algún obsequio; sólo de uno tenemos noticia; de los demás no sabemos si han sabido apreciar esta honra; pero creemos que debieran haberle hecho entre todos algún presente, si no como un espléndido premio, como se acostumbra en tales casos, por lo menos algo que hiciera patente su gratitud. El Sr. Paniagua ha obtenido en la capital en las varias representaciones de su ópera, un triunfo completo; y solamente estaba reservado a Orizaba el tributarle una ovación que francamente debe avergonzarnos. Concluyó la ópera que fué desempeñada regularmente por todos los artistas, y de una manera que no dejó que desear, por la célebre cantatriz Srita. Marina Paniagua, la que obtuvo muchos y repetidos aplausos. En las últimas escenas la ilusión era completa, todo el público sufría y lloraba con ella: ¡tal es el poder del arte!

La "Catalina de Guisa" marca en nuestra historia patria, el primer paso en verdad gigantesco en la senda del arte, pues su autor, en su primera obra lírica, ha rivalizado con los primeros maestros europeos.

*FIESTAS NACIONALES **

La acogida que disteis, bellísimas lectoras, a los artículos que en colaboración con un guapo chico amigo mío escribí hace algunos días, me anima a daros ahora una descripción de las fiestas con que nuestra pacífica ciudad celebró el aniversario de la Independencia Nacional. Causa pena al tratar de este asunto el ver el poco entusiasmo que se tiene para solemnizar los días memorables de la Patria. No podemos explicar (será por nuestra incapacidad e inexperiencia) la causa de esa frialdad; pocos concurren a las juntas patrióticas, y los que lo hacen, procuran siempre eximirse de las comisiones que se les dan, y muy contadas son las personas que se prestan a desempeñarlas, y eso en un número tan reducido, que tal vez mañana no sean ya ningunas porque, aisladas, todos sus esfuerzos serán vanos o inútiles. No sabemos por qué tantas personas de acendrado patriotismo, como hay entre nosotros, y que aspiran a los puestos públicos del Cantón, solamente en bien del pueblo, no toman una parte activa en estas fiestas para dar con ello un ejemplo a quien pretenden llevar por el camino de la felicidad. Es tal lo que yo me atrevo a llamar su egoísmo, que ni siquiera hemos visto iluminadas sus casas en las noches del quince y diez y seis: tal vez se nos dirá que son enemigos de las exterioridades; pero olvidan entonces que lo que en el corazón se tiene...

Dejemos estas digresiones y pasemos, lectoras mías, al asunto principal de nuestro artículo.

El Colegio Nacional tomó a su cargo celebrar el quince de septiembre y seguirá haciéndolo todos los años. Para éste prepararon un

* Publicado el 21 de septiembre de 1873.

Concierto que tuvo lugar en el Teatro Llave, lugar señalado por la Junta Patriótica, y que fué adornado convenientemente. El vestíbulo con sus guirnaldas de follaje, sus banderas, sus cortinas, hacía la ilusión de que el teatro estaba concluído y que íbamos a asistir a su inauguración.

Interiormente estaba como otras veces lo hemos visto ya, con los adornos de costumbre y, sobre todo, con las lindísimas orizabeñas que como un rico festón de flores engalanaban el salón; la concurrencia, a pesar del mal tiempo, era de lo más numerosa y escogida que hemos visto en nuestras reuniones de esa clase; de manera que los alumnos del Colegio Nacional deben estar orgullosos, más que por el éxito de su función, porque vieron cuántas son las simpatías de que gozan entre las familias de Orizaba.

El programa era, como se esperaba, muy ameno, y comenzaba con la Obertura de "Campanone", ejecutada por la orquesta, según los inteligentes, con bastante felicidad. Luego que terminó la obertura, el Sr. Rector del Colegio, Lic. D. Silvestre Moreno Cora, ocupó la tribuna y el más elocuente discurso brotó de esos labios, que sólo tienen palabras cariñosas y tiernos consejos para la juventud orizabeña. Bajó el Sr. Rector entre los aplausos de la multitud y después de otra pieza de orquesta, nuestro joven amigo Justo González, ese poeta tan dulce y tan melancólico, ocupó la tribuna y nos leyó un magnífico canto patriótico, que por la debilidad de su voz, no fué oído; pero que nuestras lectoras verán con gusto en este número de "El Pueblo".

A continuación los apreciables jóvenes D. Rafael Velad y D. José Fernández Alonso, acompañados en el piano por el Sr. Amador, cantaron un precioso dúo de "Attila", que con justicia fué aplaudido estrepitosamente. Siguió otra pieza de orquesta, y después vuestro humilde servidor recitó una pobre oda, al más grande de nuestros héroes, Hidalgo, y que inmerecidamente fué premiada con repetidos aplausos.

En seguida, un artista demasiado simpático, un niño de 8 años, hijo del Sr. Dr. Manuel Ramírez, tocó en el violín una difícil fantasía, según creemos sobre "Sonámbula", que agradó sobremanera, pidiendo el público con afán su repetición. Una cosa nos conmovió demasiado en esos momentos; al terminar y cuando entusiastas aplausos llenaban

el ámbito del teatro, el pequeño artista, que tanto promete para el porvenir, sea por la emoción o por lo que ustedes quieran, se puso a llorar; temprano comienza ese niño a ver que los laureles de la gloria, crecen en las orillas del mar del sufrimiento. Luego los apreciables jóvenes Fernández Alonso e Ignacio Ashby, tocaron a cuatro manos en el piano unas preciosas variaciones sobre temas de Bellini, que agradaron sobremanera.

Siguió a una pieza de orquesta, la lectura del acta de la Independencia, y para terminar, se cantó un himno por las alumnas del Instituto Literario de Niñas, coreado por algunos jóvenes del Colegio Nacional, que fué aplaudido y cuya letra se debe a la inspirada poetisa Soledad Manero a quien por mi conducto dan hoy los alumnos de ambos establecimientos las más expresivas gracias.

Concluído el himno, el C. Jefe Político del Cantón, Presidente de la Junta Patriótica, tomó en sus manos el pabellón nacional y victoreó a la Independencia, siguiendo después las dianas, los cohetes, las salvas de artillería y los repiques a vuelo en todos los templos de la ciudad.

Alegres víctores recorrieron las calles de la población, hasta el amanecer.

Las fiestas del 16 no estuvieron menos concurridas que las del día anterior.

El paseo cívico no careció de lucimiento, pues la comitiva era numerosa, y el benemérito 10º Batallón de Infantería, que se encuentra de guarnición en esta ciudad, contribuyó muchísimo a dar a ese acto la solemnidad debida.

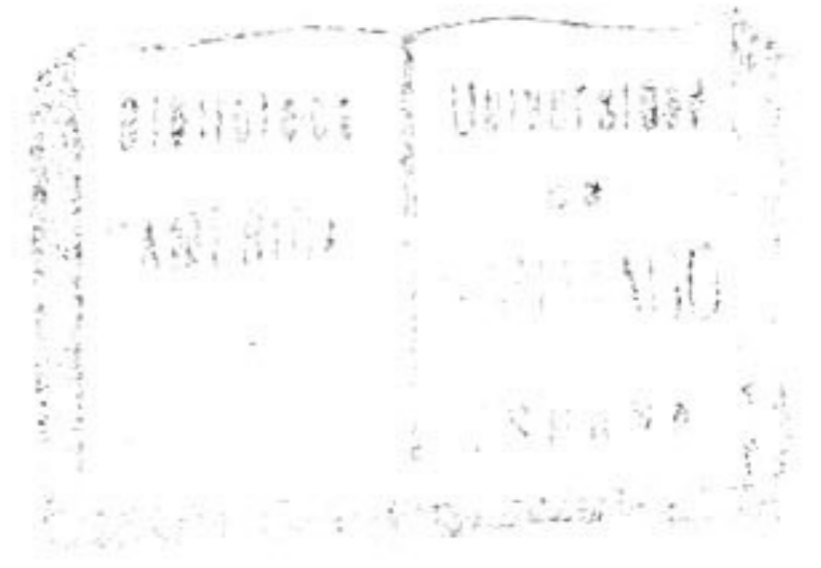
Después del paseo, ocupó la tribuna el orador oficial, que fué el redactor en jefe de este periódico, quien en un hermoso discurso, aunque en breves palabras, nos pintó el triste estado de la Patria bajo el dominio tirano de España. Muchos y repetidos aplausos obtuvo nuestro amigo, por lo que lo felicitamos cordialmente.

Inmediatamente después, el joven Presidente del H. Ayuntamiento, el inspirado Gregorio Mendizábal, tomó la bandera y colocándose en la parte alta del pórtico del teatro, dirigió una sentida alocución a la fuerza permanente que se hallaba formada frente al mismo teatro.

Los fuegos artificiales, que se anunciaron para la noche, no tu-

vieron efecto a causa del mal tiempo; pero esta parte del programa se cumplió el miércoles ante un público numeroso; sin embargo, de las fiestas nacionales nada ha desmerecido, pero más podría haberse hecho, si se hubiesen secundado los esfuerzos de la Junta Patriótica, que bastante hizo, a pesar del despego de las personas de que pudo disponer.

Terminamos, bellísimas lectoras, esta revista demasiado ligera, y despojándose del anónimo que lo cubrió en los otros artículos se despide de vosotras vuestro humilde servidor.



LEONOR

Por EDGARDO POE

*Sub conservatione formae
specificae salva anima.*

Raymundus Lullius.

Soy descendiente de una raza que han distinguido siempre pasiones ardientes y una imaginación vigorosa.

Los hombres me han llamado loco; pero la ciencia no nos ha dicho todavía, si la locura es o no la sublimidad de la inteligencia, si la gloria y la profundidad provienen de una enfermedad del pensamiento, de una exaltación del espíritu a expensas de la inteligencia en general. Los que sueñan despiertos conocen mil cosas que se escapan a los que no sueñan más que dormidos. En sus brumosas visiones sorprenden algo de la eternidad y tiemblan al despertar, viendo que han estado un instante a las orillas de un gran secreto.

Se apoderan de aquellos fulgores vagos y tenues, de algo del conocimiento del bien, y más aún de la ciencia del mal.

Sin brújula ni timón entran en el vasto océano *de la luz inefable* y como para imitar a los aventureros del geógrafo nubio, *agressi sunt Mare tenebrarum, quid en eo esset exploratori.*

Diréis que soy un loco, pero reconozco al menos dos condiciones distintas en mi existencia espiritual. La condición de razón incontestablemente lúcida, que se aplica al recuerdo de acontecimientos que forman la primera época de mi vida y una condición de duda y de tinie-

blas que tiene relación con el presente y con la memoria de lo que constituye la segunda grande época de mi existencia.

Así pues, lo que diga del primer período creedlo, pero no déis crédito a lo que pueda relatar del tiempo anterior, más que aquello que os parezca justo; dudad de todo hecho, y si no dudáis, procurad ser el Edipo de este terrible enigma.

Aquella a quien amé en mi juventud y cuya historia trazo ahora, pausada y distintamente, era la única hija de la única hermana de mi madre, difunta hacía mucho tiempo. Leonor era el nombre de mi prima. Habíamos habitado siempre juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de *Gazón-Diapré*¹. Nunca un paso sin guía hubiera podido penetrar en este Valle, porque se extendía a lo lejos a través de una cadena de gigantescas montañas que dirigían y elevaban sus pesadas moles en torno suyo, cerrando a la luz del sol sus más deliciosos repliegues. Ningún camino abierto surcaba los linderos, y para llegar a nuestra dichosa morada era necesario quitar el follaje de muchos árboles salvajes y destruir la gloria de millares de flores perfumadas. Así vivíamos solitarios, no conociendo del mundo más que este Valle —yo, mi prima y mi madre.

De las altas regiones oscuras situadas más allá de la montaña a la extremidad superior de nuestra aislada posesión se deslizaba un estrecho y profundo río, más brillante que todo lo que no eran los ojos de Leonor. Serpenteando aquí y allá en numerosas curvas, se escapaba al fin por una garganta tenebrosa a través de montañas oscuras más que aquéllas de donde había salido. Nosotros le llamábamos el río del Silencio, porque parecía que su corriente tenía una influencia tranquilizadora.

Ningún murmurio se levantaba de su lecho, y corría tan dulcemente, que los granos de arena semejaban perlas, que gustábamos de contemplar en la profundidad de su seno, no se movían absolutamente sino que reposaban con una inmóvil felicidad, cada uno en su primitivo lugar, brillando con un brillo eterno. Al borde de su ribera y de mil brillantes pequeños arroyos que por diferentes caminos se deslizaban a

¹ Césped matizado.

su lecho, en todo el espacio que se extendía desde la orilla hasta el fondo pedregoso, al través de profundidades transparentes, todos estos lugares, ya lo he dicho, así como toda la superficie del Valle, desde el río hasta las montañas que en forma de anfiteatro lo rodeaban, estaban tapizados de un césped verde tierno, espeso, corto, perfectamente igual, impregnado de vainilla, pero tan estrellado en toda su extensión, de margaritas blancas, de violetas purpúreas y de asfodelos de un rojo de rubí, que su maravillosa beldad hablaba a nuestros corazones, con acentos solemnes, del amor y la gloria de Dios.

Y después aquí y allá, entre el césped, se levantaban en ramilletes, como explosiones de sueños, árboles fantásticos cuyos troncos grandes y delgados no se mantenían rectos sino que se inclinaban graciosamente hacia la luz que a medio día visitaba el centro del valle. Su corteza estaba manchada de un vivo brillo alternado con el ébano y la plata, y más pulida que todo lo que no eran las mejillas de Leonor. Tan bien pulidas que sin el verde brillante de los frondosos ramos que extendían sus copas en largas tembladoras líneas que jugaban con el céfiro, se las hubiera podido tomar por monstruosas serpientes de Siria, rindiendo homenaje al sol, su Soberano.

Durante quince años, Leonor y yo con las manos enlazadas vagábamos por este valle antes que el amor entrase en nuestros corazones. Esto fué una tarde, al final del cuarto lustro de mi vida, y cuando ya ella terminaba el tercero. Estábamos sentados, encadenados con un mutuo y estrecho abrazo bajo los árboles serpentinos y contemplando nuestra imagen en las aguas del río del Silencio.

No hablamos una palabra durante aquella tarde, y en la mañana nuestras palabras eran temblorosas y raras.

Habíamos sacado al dios Eros de aquellas ondas tranquilas y serenas, y no sentíamos todavía que había vuelto a encender entre nosotros las almas ardientes de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos habían distinguido nuestra raza, se precipitaron en tropel con las fantasías que igualmente la habían hecho célebre, y todas a un tiempo soplaron con una beatitud delirante en el Valle de *Gazón-Diapré*.

Un cambio se operó repentinamente en todo.

Las flores exóticas, brillantes, estrelladas, brotaron en los árboles

donde nunca se había visto una sola. Los matices del césped se hicieron más intensos, una a una desaparecían las blancas margaritas, y en el lugar de cada una de ellas brotaron diez asfodelos de un rojo de rubí.

La vida brilló en todos nuestros senderos, porque el gran flamenco que hasta entonces no conocíamos, con todos los alegres pájaros de ardientes colores ostentó su plumaje escarlata delante de nosotros; peces plateados y dorados poblaron el río, de cuyo seno salió poco a poco un murmurio que lentamente se tornó en una melodía arrulladora, más divina que la de las arpas eólicas, más dulce que todo lo que no era la voz de Leonor.

Y entonces también, una voluminosa nube que hacía tiempo habíamos visto en las regiones del Héspero, apareció, teñida de oro y púrpura y tendiéndose sobre nosotros, descendía día a día, más y más bajo hasta que sus bordes recamados y brillantes tocaron las pintas de las montañas, transformando su obscuridad en magnificencia, y encerrándose como para una eternidad en una mágica prisión de esplendor y de gloria.

La belleza de Leonor era una belleza de Serafín; era una niña sin artificio, inocente como la corta vida que vivió entre las flores.

Ninguna astucia ocultaba el fuego del amor que animaba su corazón, y escudriñaba conmigo sus últimos pliegues, mientras que vagábamos en el Valle de *Gazón-Diapré* y observábamos los poderosos cambios que se habían operado recientemente. Algún tiempo después, bañada en lágrimas, me habló de la cruel transformación que espera a la Humanidad y desde entonces no soñó más que con este asunto doloroso, mezclando su tristeza a nuestras alegrías lo mismo que en las canciones del bardo Shiraz, en que las mismas imágenes se presentan con tenacidad en cada variación importante de la frase.

Ella había visto que la muerte había señalado su seno, y que como la *efímera* no había alcanzado tanta belleza sino para morir; pero para ella los pensamientos de la tumba estaban contenidos en un solo pensamiento, que me reveló una tarde a la hora del crepúsculo en las orillas del río del Silencio. Se afligía pensando que después de haberla enterrado en el Valle de *Gazón-Diapré*, abandonaría yo para siempre estos felices lugares y que dedicaría mi amor entonces todo para

ella, a una joven del mundo exterior y vulgar. Y de tiempo en tiempo me arrojaba a los pies de Leonor y le ofrecía jurar por ella y por el cielo, que no me casaría nunca con una hija de la tierra; que nunca me mostraría infiel a su recuerdo, ni a la memoria de su ideal amor e invocaba yo al Todopoderoso, Regulador del Universo, como testigo de la piadosa solemnidad de mi voto.

Y la maldición de que le suplicaba hacerme reo, si faltaba a mi promesa, implicaba un castigo de tan prodigioso horror, que no me atrevo a confiarlo al papel. A mis palabras los ojos brillantes de Leonor, centellearon con un fulgor más vivo, y suspiró como si su pecho estuviera oprimido por un peso mortal; tembló y lloró amargamente, pero aceptó mi juramento la pobre niña, y esto le hizo más dulce su lecho de muerte.

Pocos días después, muriendo tranquilamente me decía: que en premio de lo que yo había hecho por el reposo de su alma, su espíritu velaría por mí después de su muerte, y que si le era permitido, vendría a hacérseme visible durante las horas de la noche; pero si algo limitaba la voluntad de las almas del Paraíso, me daría por lo menos frecuentes muestras de su presencia, suspirando cerca de mí en las brisas de la tarde y llenando el aire que había de respirar yo, con perfumes tomados del incensario de los ángeles. Y con estas palabras en los labios acabó su inocente vida, marcando así el fin de la primera época de mi existencia.

Hasta aquí he hablado fielmente.

Mas cuando paso este valladar en el camino del tiempo, formado por la muerte de Leonor, tan querida para mi alma, y avanzo hacia el segundo período de mi existencia, siento que una nube pesa sobre mi cerebro, y yo mismo dudo de la perpetua salud de mi memoria. Mas dejadme continuar. Los años se arrastraron lentamente uno a uno, y yo seguí habitando el Valle de *Gazón-Diapré*; pero un segundo cambio se operó en todo.

Las flores estrelladas se perdieron en el fondo de los árboles y no reaparecieron más. Las tintas verdes del tapiz se debilitaron, y uno por uno perecieron los asfodelios de un rojo de rubí y en su lugar brotaron por docenas las sombrías violetas, semejantes a ojos que se agitaban

convulsa y penosamente, y rebosaban siempre de lágrimas de rocío. La vida se alejó de nuestros senderos porque el gran flamenco no desplegó más su plumaje ante nosotros, sino que voló tristemente del valle a las montañas, con todos los alegres pájaros de brillantes colores que lo habían acompañado a su venida. Los peces dorados y plateados huyeron por la garganta, hacia la extremidad superior de nuestro dominio y no llenaron más de encanto el delicioso río. Y aquella música acariciadora que era más dulce que las arpas eólicas y que todo lo que no era la voz de Leonor, murió poco a poco en murmurios que iban debilitándose gradualmente, hasta que el arroyo volvió en fin a la solemnidad de su silencio original.

Por último la voluminosa nube se elevó y abandonando los picos de las montañas a sus antiguas tinieblas, cayó en las regiones del Héspero, y llevó lejos del Valle de *Gazón-Diapré* el espectáculo infinito de su púrpura y magnificencia. Sin embargo, Leonor no olvidó sus promesas, escuchaba yo cerca de mí el balanceo de los incensarios de los ángeles, y los efluvios de los perfumes celestes flotaban siempre en el Valle. Y en las horas de soledad, cuando mi corazón latía lentamente, los vientos que bañaban mi frente llegaban a mí cargados de los dulces suspiros, y murmullos confusos llenaban con frecuencia el aire de la noche. Y una vez —¡oh! una vez sólo— desperté de mi sueño, semejante al sueño de la muerte, sintiendo sobre mis labios unos labios inmateriales. Pero sin embargo, la vida de mi corazón no se colmó. Deseaba yo ardientemente el amor que le había llenado en otro tiempo hasta desbordarse. Más tarde, el Valle lleno de los recuerdos de Leonor, fué causa de mi aflicción y lo abandoné para siempre por las vanidades tumultuosas del mundo.

Me encontraba en una ciudad extranjera, en donde todo estaba hecho para borrar de mi memoria los dulces sueños que había soñado, en otro tiempo, en el Valle de *Gazón-Diapré*. Las pompas y el aparato de una Corte importante, el chasquido de las armas y la belleza deslumbradora de las mujeres, todo fascinaba y embriagaba mi corazón. Pero hasta entonces mi alma había permanecido fiel a sus juramentos,

y durante las horas silenciosas de la noche, Leonor me daba siempre muestras de su presencia.

Súbitamente estas manifestaciones cesaron y el mundo se hizo negro para mis ojos. Quedé espantado, pensamientos ardientes me dominaban, tentaciones terribles me asediaban, porque de lejos, de muy lejos, había venido a la Corte del Rey a quien servía, una joven cuya belleza conquistó luego mi corazón apóstata ante cuyo altar me prosterné, sin la menor resistencia, con la más ardiente y la más abyecta idolatría de amor.

¿Qué era en verdad, mi pasión, por la joven del Valle? ¿En comparación del fervor, del delirio, del éxtasis de adoración con el cual derramaba en lágrimas mi corazón a los pies de la eterna Ermengarda? ¡Oh! Qué hermosa era la angélica Ermengarda. ¡Esta idea no dejaba nacer en mi alma otra ninguna! ¡Oh cuán divina era la angélica Ermengarda! Cuando penetraba en las profundidades de sus ojos impregnados de amor, no soñaba más que con ellos y con *Ella*.

Me uní a ella; temía la maldición que había invocado y no recibir ya la visita de su amargura; pero una vez, una sola vez, en el silencio de la noche, los dulces suspiros que me habían abandonado atravesaron las celosías de mi ventana, y modularon una voz deliciosa y familiar que me decía:

—¡Duerme en paz! El espíritu de amor es el soberano que gobierna y juega, y admitiendo en tu corazón apasionado a esa que se llama Ermengarda, has sido liberado, por causas que te serán reveladas en el cielo, de tus juramentos a Leonor.

LA PUESTA DEL SOL

Por F. COPPÉE

Aquel medio día de fines de octubre había sido magnífico, y el apacible corre-tiendas lo había empleado en rebuscar libros viejos. Había pasado revista a todos los puestos, comenzando por el parapeto del Muelle de San Miguel, no por cierto con la esperanza de descubrir un aldo rarísimo o un elzevirio de esos que sólo se encuentran por milagro, pues pasó el tiempo en que se podía adquirir por dos sueldos el *Pâtissier François*, sino en gozar a sus anchas del agradable fresco de las orillas del Sena, fantaseando dulcemente ante la última sonrisa de aquella hermosa estación. ¡Qué hermoso día! Un cielo puro, un sol tibio, y de cuando en cuando las caricias súbitas de un viento fresco y ligero.

Hacia la mitad de su carrera, frente a la Casa de Moneda, el buscador de libros había encontrado y adquirido, por el módico precio de dos francos, un ejemplar un poco picado, pero todavía de buena apariencia, del *Gaspard de la Nuit*, de Aloysius Bertrand, que venía a llenar el claro más importante de su colección de Románticos; luego, apretando tiernamente su hallazgo bajo el brazo, había continuado su visita hasta el Puente Real a donde llegó a las cinco. Estaba un poco fatigado; las mesas redondas alineadas frente al café de Orsay le invitaron a descansar. Sentóse y pidió un vaso de cerveza.

Entonces dirigió la mirada en torno suyo; la hora era oportuna para ello. Allá a la derecha, sobre el fondo azul pálido que brillantaba con sus rayos, el sol descendía lleno de majestad, lanzando sobre el admirable paisaje de París su adiós dorado.

El ramillete de plátanos cuyas ramas se confundían con los más-

tiles de la *Fragata*, los álamos esbeltos que sombrean los baños *Vigier*, y, más lejos, los espesos castaños de la terraza de la orilla, se inflamaban con el beso prolongado del astro poniente, y su follaje parecía como de cobre y oro. Un relámpago purpúreo, centelleaba en todas las ventanas del pabellón de las Tullerías, y la línea armoniosa y gris del viejo Louvre aparecía bañada de rosados reflejos.

Una luz deslumbradora y abrasada hería oblicuamente todos los objetos, prolongando las sombras en el suelo y obligando a los transeúntes a guiñar los ojos ante el espejear de los carruajes barnizados y de la grupa lustrosa de los caballos. La Naturaleza, la gran aficionada, como siempre desinteresada y generosa, hacía aquella tarde el *arte por el arte*, esmerándose, en su puesta de Sol, y el ojeador de libros, que así lo deseaba, sintióse ebrio de entusiasmo con el tranquilo y radiante esplendor que así transfiguraba edificios, árboles y cielo.

Entre tanto el consumidor arrebatava al vuelo girones de conversación a numerosos transeúntes de a pie que de vuelta al hogar atravesaban el puente y cruzaban el muelle, pasando por delante del café.

Al principio fueron dos hombres graves, vestidos de negro —tipo de abogados listos y en privanza— cargados con pesados rollos de tafete negro.

—¿Creéis que el grupo de Lavigne votará con los de la derecha? —decía uno de ellos con furor—. ¡Pero eso sería una infamia!

—¡Qué queréis! —respondió el otro, dándose importancia—. Esa es la táctica parlamentaria. Y se alejaron con su interesante diálogo sin conceder siquiera al Sol poniente el honor de una mirada distraída.

De pronto los millares de pajarillos, cuyas inquietas alas hacían estremecer los plátanos de la *Fragata*, dieron principio a lo que el pueblo llama sencillamente la oración vespertina.

Después de un prelude de gritos aislados, el concierto estalló bruscamente, y de los grandes árboles que dejaban pasar la luz entre sus hojas, como a través de una criba, se levantó un gorjeo loco al cual se mezclaron el silbido de los mirlos, el chillido del gorrión y el chirlo de los pinzones, uniéndose y confundiéndose en un inmenso coro que imitaba el ruido claro y continuo de un torrente que cae sobre las rocas. Entonces dos burguesas jóvenes, de elegante traje, pasaron par-

loteando. Cerca de ellas iba un chiquillo, vestido como un perro sabio, llevando un globo cautivo, en el cual estaban escritas estas dos palabras: *Al Louvre*.

—Os aseguro, amiga mía —decía una de las dos mujeres a su compañera—, que habéis hecho mal en comprar nuestros guantes de Suecia. . . El sábado hay una exposición en el *Bon Marché*. . . y no son para perderse esas ocasiones.

Y sin llamar la atención de aquellas aturdidas, ni de nadie, el sol seguía descendiendo al Ocaso con una pompa y una majestad verdaderamente regias. Ahora casi tocaba la cúpula de vidrio del Palacio de la Industria, la cual parecía centellear como una montaña de diamantes. La bóveda celeste había cambiado de aspecto. Pura hasta entonces por el Este, iba tomando una tinta más subida en tanto que por el Oeste largas franjas violeta, franjadas de oro, permanecían inmóviles, en un abismo de azul turquí. Un robusto Capitán y un Subteniente chiquitín, muy ajustado de uniforme, llegaron entonces por el rumbo del cuartel de Caballería, arrastrando sus ruidosos sables por la acera, y se detuvieron un instante en la puerta del Café.

—Estoy seguro de ello, mi Capitán. . . el Teniente Tardieu ascenderá en enero. . . Ya veréis si estará contento: esa es su monomanía.

—Pues bien, yo os respondo que eso no le corresponde, por antigüedad.

—El con toda franqueza nos asegura que. . . Consultemos el *Anuario*.

Y entraron en el Café, donde les esperaba también el acostumbrado vaso de ajenjo.

En aquel momento, el astro, velado por los árboles lejanos de los Campos Elíseos, se hundió en el horizonte y de pronto todo quedó en la sombra. En unos cuantos segundos casas y monumentos se tornaron tristes y negros como si en un instante hubieran envejecido en cien años; los follajes de Otoño, cuyas cimas brillaban todavía, tomaron fúnebres tonos de hierro oxidado; el concierto de los pájaros duró un minuto aún, y calló; un viento frío sopló del Norte a través del espacio, semejante a un prolongado suspiro de dolor. Pero al mismo tiempo, obedeciendo a la Ley que ordena que todo foco que se extingue trace

al morir sus más brillantes colores, el sol, ya oculto, desplegó en un rincón del Cielo, donde todavía reinaba su recuerdo, todas las magnificencias del crepúsculo. Allá, por el Puente de la Concordia, abajo del río, se abrió en el horizonte algo como una gruta de piedras preciosas que traía a la memoria la entrada de los subterráneos en que los grandes de Oriente ocultaban sus tesoros. En torno de aquel fulgurante foco se agrupaban las nubes, variando sin cesar de matices y formas... Al principio, en grandes masas, semejaban una cadena de montañas de oro; después la cordillera se rompió convirtiéndose en un archipiélago de islotes color de rubí que nadaban en un océano de un verde tiernamente adorable; pero luego las islas se alargaban, transformándose en serpientes de luz, en pescados de fuego y, de repente, sin que se notara, a lo lejos otras nubes se formaron a derecha e izquierda, por todas partes, bosquejando quimeras fugitivas y revistiéndose de tonos que hubieran sido una desesperación para el Veroneso, levantando y destruyendo a toda prisa bateles aéreos. Las había enormes, cuyos planos se perdían en las lejanías, con perspectivas arquitectónicas; una gran nube de un moreno violáceo, se retorció como un cocodrilo abriendo sus fauces monstruosas, mientras allá, en lo más alto, una nubecilla solitaria, pura como una virgen, parecía una flor que desplegaba sus pétalos en lo infinito. El ómnibus que atravesaba en aquel momento el Puente Real iba lleno, y una hilera de viajeros hacía la carrera de cara hacia aquel crepúsculo maravilloso. Pero sin duda alguna, era acontecimiento de sensación, un asesinato triple o una crisis Ministerial, destruía la atención, porque todos, muy entretenidos, leyendo el diario de la noche, se preocupaban más de un artículo de actualidad, de interés palpitante, de una miscelánea o de un estreno, que de aquellas magias del Sol Poniente.

El Sol iba a ocultarse; pero antes de hundirse por completo en el Ocaso, hizo un supremo esfuerzo para vencer la indiferencia de los ciudadanos, y lanzó desde el fondo del abismo en que caía un resplandor purpúreo que incendió el paisaje. Se enrojecieron las soledades del cielo, como ruborizadas, el río parecía que arrastraba sangre y rosas, y las fachadas de las casas y el rostro de los transeúntes se tiñeron de rojo con aquel reflejo erubesciente.

Pero el husmeador de libros, sentado frente al Café de Orsay, observó en vano las fisonomías, escuchó inútilmente los fragmentos que los transeúntes dejaban caer al pasar junto a él. Ora eran obreros silenciosos que corrían a comer, encorvados por el trabajo, fija la mirada en el sol; ora una pareja de literatos en camino de hacer trizas a un colega, ya gentes de Banca y de negocios absortos en sus cálculos mentales y fraguando una intriga contra el bien del prójimo; ya una mujer hermosa cuyos ojos buscaban con ansia la sonrisa acariciadora de otras miradas.

Ninguno de todos aquellos seres se cuidaba de la puesta del Sol.

Solamente un burgués que daba el brazo a su esposa, se dignó dirigir la vista al horizonte, pronunciando en seguida estas sencillas palabras: —El cielo está rojo... señal de viento...

Entraba la noche. Por el azul sombrío del Oriente acababan de aparecer algunas débiles estrellas; no quedaba del crepúsculo más que una bruma rosada semejante a la que dejan al apagarse los fuegos de artificio. El bibliómano a quien, aquella tarde, la contemplación de la Naturaleza había convertido en un poeta, sintióse lleno de orgullo de pensar que aquel día el Sol se había puesto solamente para él.

I n d i c e

Prólogo	IX
Don Juan Ruiz de Alarcón: La Verdad Sospechosa	1
Shakespeare: Hamlet	9
A Cayetano Rodríguez Beltrán. Carta literaria	13
<i>La Antorcha de la Niñez</i> , por Ricardo Domínguez	17
Prólogo a Los Hermanos Colombe, por Jorge de Peyrebrune (traducción del Dr. Gregorio Mendizábal)	19
Prólogo a <i>Una Docena de Cuentos</i>	23
La Cruz	25
Carta sobre el Modernismo Literario	31
Pensamiento en la Corona fúnebre del Gral. Luis Mier y Terán	33
Pensamiento	35
Don Silvestre Moreno Cora	37
Dr. José María Sáinz Herosa	53
Crónica Teatral	57
Fiestas Nacionales	61
Leonor	65
La Puesta del Sol	73

ACABOSE DE IMPRIMIR EL DIA 13 DE
AGOSTO DE 1953, EN LOS TALLERES DE
IMPRESA DEL DEPARTAMENTO EDITO-
RIAL DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA.
— EL TIRO FUE DE 1,500 EJEMPLARES —



Katael
DELGADO



ESTUDIOS
LITERARIOS

OBRAS COMPLETAS VOL. III

